

BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS

Kelltom McIntire



EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por
autores/...

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS

KELLTOM MCINTIRE

CAPÍTULO PRIMERO

La señora Doyle se contempló fijamente en el gran espejo de su dormitorio.

—Tranquila, Eve —pronunció. Y sonrió levemente a su propia imagen—. Tranquila. Ya han terminado las pesadillas.

Y el terror.

Porque no podía engañarse a sí misma: los últimos meses habían sido terribles.

Se alisó los rubios cabellos teñidos.

—Aún estoy de buen ver —pensó—. A pesar de mis cuarenta y seis años.

Sin embargo, decidió que sus cabellos castaños necesitaban un nuevo tinte: las canas comenzaban a proliferar abundantemente.

Pensó con amargura en los largos meses de internamiento en la Clínica Psiquiátrica Hatford.

Seis meses de horribles sufrimientos, a lo largo de los cuales llegó a temer que jamás volvería a recuperar su equilibrio mental.

Ciento ochenta días de tratamiento, de miserable encierro, sin otra compensación que las visitas de Percy, su esposo. Por desgracia, el reglamento interno de la clínica era demasiado severo y las visitas de Percy sólo duraban media hora. Y después...

—Vamos, vamos, olvídalo —se recomendó a sí misma.

Era como un mal sueño, una experiencia tan terrible que lo mejor era relegarla al rincón más remoto de su memoria.

Cerró el armario-ropero, cruzó la habitación y penetró en el cuarto de aseo. Sentada frente al espejo ovalado, comenzó a desmaquillarse sabiamente. Luego se aplicó rápidamente un "lait de nuit" y sus facciones quedaron frescas y relajadas.

Era muy tarde, casi las cuatro de la madrugada. Eve Doyle debería

reintegrarse a su trabajo de profesora de danza a las ocho de la mañana siguiente, lo que suponía dormir apenas cuatro horas, en el caso de que lograra conciliar rápidamente el sueño.

Pero había valido la pena permanecer despierta hasta las tres. Justamente a esa hora recibió el aviso de conferencia intercontinental que Percy le había anunciado con anterioridad. (Percy Doyle, su esposo, había sido nombrado agente de ventas para Europa de la McDougall Electronics, lo que le obligaba últimamente a hacer frecuentes viajes a París, Londres, Lisboa o Madrid).

Hablaron largamente, aunque la conferencia desde Madrid resultaría carísima. Pero el motivo valía la pena.

Eve le había dado la noticia:

1 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

—Percy, la doctora Waldman piensa que estoy curada. Ha suspendido todo tratamiento y me ha dicho que puedo volver al trabajo. Imagínate mi alegría... al cabo de tantos trastornos, sufrimientos y disgustos.

¡Puedo volver al trabajo, Percy! Me parece mentira: he vuelto a ser una persona normal.

Su esposo recibió la noticia con emocionada satisfacción. Apenas podía creérselo.

—¿Es verdad, es verdad, Eve? —la había interrumpido a menudo durante la larga conferencia de treinta minutos de duración.

Y ella había respondido, tranquilizadora:

—Es una hermosa verdad, amado mío. A partir de ahora, nada de disgustos, de nervios, de discusiones, de celos. Sé que eres un hombre admirable, mi querido Percy. En realidad, eran mis nervios los que propiciaban nuestras terribles escenas. Pero todo eso acabó. He adquirido una gran experiencia durante estos meses de internamiento.

Creo que he aprendido a controlar mis emociones, a ser más comprensiva y entonada. Sí, sí, desde luego tienes razón: tus prolongadas ausencias, el ritmo de nuestras activas tareas, todo este mundo de vértigo que nos rodea... fueron la verdadera causa de mi desequilibrio psíquico. Pero no pensemos en eso ahora. Demos gracias a Dios porque yo vuelva a ser una persona normal y podamos continuar la vida feliz que emprendimos hace ya tantos años. Aún no somos viejos ni mucho menos, amor mío. Tenemos muchos años de felicidad por delante.

Percy se mostró tan ansioso e impaciente que decidió interrumpir su complicado viaje de negocios.

—Es un motivo trascendente, querida. Telefonaré a Hugh Hoxley y le explicaré la situación. Tomaré el avión en cuanto me sea posible. Quiero reunirme contigo. Por nada del mundo permitiré que estés sola en estos momentos de reencuentro con la vida normal.

Eve trató de disuadirle. Aludió a la importancia del trabajo de Percy, a la posibilidad de que su regreso molestase al director de ventas, Hoxley, pero Percy insistió y dio tantas seguridades, que finalmente Eve accedió gustosa y emocionada.

—Te espero, amor mío —fueron las últimas palabras que dirigió a su esposo, que se encontraba entonces a varios miles de kilómetros de distancia.

Recordando todo esto, Eve sonrió a su imagen del espejo. Luego se libró de sus ropas de calle —aún tenía buena figura con el pantalón—, se quedó desnuda, se contempló fugazmente, pensó en Percy, se puso una fina negligée de gasa y salió del baño.

En cuanto estuvo entre las sábanas, sus manos volaron instintivamente hacia la mesilla de noche, donde guardaba las píldoras para dormir y toda aquella farmacopea que formaban los distintos específicos que constituían su recién terminado tratamiento.

—Fuera píldoras —exclamó alegremente. Y se dispuso a dormir.

En cuanto apagó la luz, imágenes confusas de sus sueños de terror aparecieron en el techo, en las paredes, sobre las finas cortinas del ventanal.

Se irguió, rabiosa.

—¡No! —pronunció con energía. Y encendió la luz.

Los espectros de la locura huyeron inmediatamente.

Tomó una de las revistas de actualidad que había comprado aquella misma tarde y se esforzó en hojear sus páginas.

Jomeini enloquecía a las muchedumbres iraníes, Carter se disponía a presentarse a las primarias, la URSS

2 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

acababa de invadir Afganistán, el Sha corría de un extremo a otro del mundo en un esfuerzo inútil por encontrar la paz y la seguridad...

Sus párpados caían, el sueño acudía a ella. Necesitaba dormir, descansar, aunque sólo fueran unas horas si a la mañana siguiente quería dar su clase de danza.

Apretando la revista —tan real y tan prosaica— entre sus manos, intentó dormir sin apagar la pantalla de la mesilla de noche.

Era igual. En cuanto cerraba los ojos, sombras tenebrosas comenzaban a concretarse ante ella, danzaban, se movían a su alrededor, amenazadoras.

—No es posible —se impacientó—. Todo eso quedó atrás.

Abrió los ojos. Las sombras odiosas se batieron en retirada.

—Tal vez un whisky con hielo me ayudará a dormir —pensó, esperanzada.

Pero no. Nada de alcohol. La doctora Waldman había sido categórica en este aspecto.

—Nada de alcohol, Eve. Recuérdelo: usted bebía con exceso antes de venir aquí. El alcohol pudo influir también en la neuropatía que estuvo a punto de trastornar definitivamente su mente. Huya del alcohol. No pruebe una sola gota.

Pues bien, no tomaría alcohol, no tomaría píldoras, no tomaría nada.

Lucharía como fuera contra los rescoldos de la locura.

Se esforzó en recordar pasajes alegres de su vida. La infancia en Wallace Court, sus bondadosos padres, el taller de ebanistería, sus hermanos, Edgar y Ellis, ya casados, sus sobrinos...

Percy y ella no habían tenido hijos, por desgracia, aunque era posible que Eve lograra convencer a Percy para que adoptasen uno, chiquito.

Por eso adoraba a sus sobrinos. Naturalmente, Eve era una mujer muy sensible, tímida y temerosa hasta la exageración. Cuando nació Ben, su último sobrino, y Eve lo tomó en brazos —¡tan chiquito y delicado!

sintió el temor de que la criatura se le fuera de las manos, cayera y...

Siempre había sido así: un poco insegura, tan tímida, pero también tan sensitiva y afectuosa. De jovencita solía soñar a menudo... Por entonces temía mucho a los hombres, aunque no en general, sino a los desconocidos de expresión sombría, barbudos, malcarados.

Había un sueño que se repetía con angustiosa frecuencia: era aquel en que veía entrar a un hombretón en su propia alcoba.

El intruso era un hombre alto y fornido, de cabellos rojos, ojos brillantes; expresión demencial, febril, que vestía una arrugada gabardina. Su barba, rojiza, crecida y dura, raspaba su fino rostro y su aliento maloliente la asfixiaba. Lo peor era que aquel hombre apretaba su cuello con unas manazas enormes.

¡Apretaba y apretaba sin permitirle gritar, pedir auxilio, expresar el inmenso horror de la agonía! Y no sólo esto, el hombre palpaba lujuriosamente su cuerpo, rasgaba furiosamente sus ropas, la tocaba, buscaba entre sus piernas y...

El sueño se repetía miles, millones de veces. Matemáticamente exacto, aquel sueño de muerte y violación, había atormentado a Eve Doyle durante muchos años. La doctora Waldman había tratado de borrar de su mente tales pesadillas y era cierto que hacía mucho tiempo que Eve no había vuelto a sufrir la «puesta en escena» del terrible sueño.

Pero, ¿por qué lo recordaba ahora? No dormía, no soñaba, pero el efecto era el mismo: terrorífico.

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

Llena de impaciencia, saltó de la cama. Iría a la cocina a por un vaso de leche. Si era inevitable tragaría un

«Valium», aunque odiaba tener que recurrir a los tranquilizantes.

Cruzaba el salón, cuando se detuvo, rígida.

¡La puerta del vestíbulo estaba abierta!

—Dios todopoderoso —murmuró—. ¿Puedo ser tan estúpida como para olvidarme de cerrar la puerta?

Corrió hacia el vestíbulo tan excitada como si en el descansillo aguardara una cuadrilla de ladrones dispuesta a aprovechar su descuido. Cerró de golpe, corrió los dos cerrojos y... se apoyó sobre la puerta del despacho de Percy y dejó escapar un suspiro de alivio.

Se recriminó por su descuido, por su dejadez.

—¿Cómo pude olvidarme? —se preguntó—. ¡Cómo están los tiempos!

Era verdad. La Televisión estaba dando en cada boletín informativo noticias inquietantes: asesinatos, atracos, asaltos, violaciones, violencias de todo tipo. Decididamente, no estaban los tiempos para permitirse olvidar cerrar la puerta.

Entró en la cocina, se sirvió un gran vaso de leche y volvió al dormitorio. Dejó el vaso en la mesilla, cerró la puerta de comunicación entre la alcoba y el salón con el pequeño cerrojito cromado, tomó al lecho, sacó el tubo de «Valium», tragó dos comprimidos y se bebió el vaso de leche.

Volvió a leer una noticia escandalosa sobre Margarita de Inglaterra. Esperaría a sentir los efectos del

«Valium» en su organismo y se dejaría dormir. Posiblemente, despertaría muy tarde a la mañana siguiente, a pesar de lo cual no puso en hora el despertador. El posponer un día o dos su vuelta al trabajo carecía de importancia, al fin y al cabo. Ante todo debía considerar su salud y su... tranquilidad.

Pensó en Percy. Había tenido suerte con él: su esposo no sólo era un hombre apuesto, educado y elegante, era mucho más que eso, era comprensivo, amoroso y entregado.

Durante los dos últimos años había tenido que trabajar duramente para hacerse con el prestigio que ahora disfrutaba en el escalafón de la McDougall Electronics. Había ido ascendiendo desde simple botones hasta encargado de ventas para Europa. Ahora los Doyle podían sentirse orgullosos de su «status» social: poseían el apartamento del centro de la ciudad, pero también una casa de campo de Edmonton Creek, dos automóviles, una preciosa y valiosa colección de porcelanas antiguas, una gran canoa para pasear o pescar en el lago Deepson y una considerable cantidad de dinero en el banco.

Pero Percy siempre tenía nuevos proyectos. Por ejemplo, como había hecho el servicio militar en las Fuerzas Aéreas USA, le había quedado como recuerdo una decidida vocación por los aviones y toda clase de artilugios aéreos. Incluso había llegado a arriesgarse a volar en deslizadores de seda y participado en varios vuelos sin motor. En los últimos tiempos hacía continuas alusiones a las posibilidades de comprarse un avión.

—Una «Piper Cub» o una «Cessna» sería suficiente. Esto nos permitiría visitar todos los lugares de nuestro país que nunca pudimos conocer —dijo, muy ilusionado.

También Eve se mostró muy animada con aquella idea. Incluso llegó a pronunciar aquellas palabras que tanto emocionaron a su esposo:

—Tú lo mereces todo, Percy. Si quieres comprar ese avión, cómpralo. Y si no dispones de dinero suficiente, no me importaría desprenderme de la colección de porcelanas.

—¿Cómo se te ocurre semejante disparate? ¡Las porcelanas! De ninguna manera. Ahorraremos, me esforzaré en ganar más dinero. No te preocupes, esperaré el tiempo que sea necesario. Ya no soy un niño

4 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

caprichoso.

¡Las porcelanas...!

Precisamente ahora acababa de escucharse un cristalino estrépito en el salón. El ruido que hubiera producido una de sus caras piezas de porcelana al estrellarse contra el suelo y convertirse en añicos.

Impulsivamente se echó fuera del lecho de un brinco, dispuesta a averiguar lo ocurrido. Pero se detuvo.

Primero fue la cautela lo que la frenó, pero en pocos segundos se había desatado el miedo dentro de ella.

Cierto que aquella porcelana podía haberse escurrido accidentalmente de su estantería. Quizá la dejó mal colocada al limpiar el polvo y cualquier pequeña vibración de las que se producían a centenares en los edificios modernos había dado con ella en tierra.

Pero... ¿y si no era así, si alguien había conseguido introducirse en su apartamento durante el largo espacio de tiempo que la puerta permaneció abierta?

Eve tembló pensando en esta posibilidad.

—¡Un ladrón, un asaltante, tal vez... un asesino, un violador! — murmuró.

Calló. De pie sobre la alfombra, ni siquiera se atrevía a respirar, atenta a cualquier rumor que procediera del otro lado de la puerta.

Transcurrieron, con angustiosa lentitud, algunos minutos.

Nada. Silencio absoluto.

—Ha sido una falsa alarma —se dijo Eve. Y volvió a la cama.

¡Cuánto necesitaba a Percy! Con él en casa, jamás había experimentado ningún temor. Por supuesto, Percy era sensato y pacífico, pero medía un metro ochenta y cinco y la práctica periódica de los deportes le había dado una musculatura envidiable.

—Supongo que Percy renunciará al trabajo en Europa en cuanto haya ganado el dinero suficiente para pagar su avioneta. Posiblemente, le promoverán a una categoría superior y podremos vivir juntos hasta el fin de nuestros días —deseó fervientemente.

Sí, cuan entrañable era disponer de la presencia próxima de un hombre tan adorable como Percy Doyle, de un esposo amable,

optimista, fuerte y decidido. ¡Había tenido tanta suerte al encontrar al amado Percy!

Entornó los ojos, soñadora, y rememoró su primer encuentro en el ballet de Sam Perkins. Percy había cumplido los treinta años y Eve tenía tres menos. Mientras ella interpretaba «Lohengrin», captó la mirada llena de admiración de Percy, que ocupaba una butaca de las primeras filas. Y cada vez que evolucionaba en una de sus casi etéreas piruetas, la bailarina tropezaba una y otra vez con los ojos grises y vivos de Percy Doyle, que no la perdía de vista un solo momento.

No corrió a su camerino, como ella había esperado con cierta ilusión. Pero al día siguiente, el atlético Doyle ocupaba la misma butaca de la misma fila.

Luego, una noche él la esperó en la salida de artistas. Se presentó con toda sencillez y la invitó a cenar. Y

ella, caso extraordinario, aceptó sin resistirse.

Se habían enamorado en seguida. Percy se sacrificaba para asistir a todas las obras en las que intervenía Eve, pero ella le compensaba con una sonrisa llena de promesas amorosas desde el escenario.

5 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

Y luego...

En la puerta sonó un roce. Eve interrumpió sus pensamientos y se irguió.

¿Un roce o... un crujido accidental de las maderas?

No se trataba de nada accidental, según pudo comprobar en seguida... ¡el pomo de la puerta acababa de girar!

—No es posible —murmuró.

Le parecía que estaba viviendo algo irreal y ¡tan absurdo! Se había olvidado cerrar la puerta —¿o no ocurrió así?— y alguien se había

introducido subrepticiosamente en su casa y ahora... ahora trataba de abrir la puerta de su alcoba.

Al principio, todo consistió en eso: el leve roce y el movimiento silencioso del pomo.

Pero inmediatamente la puerta entera vibró con fuerza, al impulso de un embite bestial.

Eve contuvo el alarido de espanto que subía a sus labios. Temblorosa, giró sobre el lecho y descolgó el teléfono que descansaba sobre la mesilla de Percy.

Había perdido por completo el control de sí misma, pues tuvo que marcar varias veces el número de la policía antes de que se produjera la comunicación correctamente.

—Policía, dígame.

Los golpes asestados contra la puerta eran tan bestiales que las bisagras parecían a punto de saltar y todo el tabique se estremecía.

A Eve le castañetearon los dientes y los labios se negaron a modular las palabras.

—¡Socorro! —logró articular—. Soy Eve Hasting, es decir, Eve Doyle. Mi... domicilio es: 74 Park Lane...

Eso fue todo lo que pudo pronunciar, porque de repente la puerta estalló y sus maderas reventaron y fueron lanzadas en todas direcciones, de modo que sólo quedó el marco desencuadrado, moviéndose cadenciosamente después de chocar violentamente contra la pared interior.

Eve ahogó un grito de horror.

—¡Dios mío! No... no es posible.

Allí estaba el protagonista de sus pesadillas más remotas, el monstruo que había convertido sus sueños juveniles en auténticos tormentos.

Estaba en la puerta y jadeaba, mientras contemplaba a Eve con aquellos ojos destellantes, insanos, demenciales.

Sus cabellos rojos estaban alborotados y su vieja gabardina arrugada estaba manchada de la sangre de sus nudillos destrozados.

Era un individuo alto, corpulento, cargado de espaldas, barbudo y demacrado.

Eve se hizo un ovillo en el lecho, mientras el auricular del teléfono se balanceaba en el aire pendiente del cable.

Una voz insistía a través del hilo telefónico.

6 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

—¡Señora Doyle o señora Hastings! —Hastings era el apellido de soltera de Eve—. ¿Quiere explicarse de una vez? Estoy esperando.

Pero aquel hombretón de los cabellos rojos caminó despacio, rodeó el lecho, tomó el auricular y lo colgó.

Lentamente se inclinó sobre su víctima, la contempló un momento a través de sus febriles pupilas y luego bajó una mano y la depositó sobre los senos femeninos.

Eve no se movió.

Sabía que todo ocurriría como en la pesadilla. Él abarcaría su débil cuello con aquellas enormes zarpas peludas, iría estrechando el cerco poco a poco, como regodeándose al ver retratado el temor en las pupilas de su víctima y daría el apretón final cuando viera que sus ojos se salían de las órbitas y su faz se congestionaba.

Después la violaría, era lo que estaba escrito en sus sueños.

Eve sintió zumbar sus sienes y comprendió que la muerte estaba cerca.

Su último pensamiento fue:

—No puedo creerlo, es imposible. Una pesadilla no puede convertirse en realidad.

CAPÍTULO II

El sargento Dickory inclinó la cabeza para no golpearse con el marco

de la portezuela del automóvil, accidente que había ocurrido anteriormente con harta frecuencia. Se apeó, se irguió en toda su estatura, se alisó en un gesto maquinal los lisos cabellos negros, cerró el coche con llave, miró a izquierda y derecha, dejó pasar a la furgoneta que se acercaba a pequeña velocidad y cruzó la calle.

Desde la acera contempló con un gesto benévolo y no exento de orgullo la hilera de chalets adosados.

Luego cruzó el andén de hormigón, subió los tres peldaños del porche y pulsó el botón del timbre.

Tenía la llave en la mano, pero no abrió porque su madre, la señora Norah Dickory, prefería salir a recibirle y abrirle ella misma la puerta.

Syd Dickory escuchó el leve arrastrar de sus pies, el rumor apenas audible de la mirilla y luego el descorrer del cerrojo de seguridad. Como siempre, la misma sonrisa dulce y el mismo saludo entrañable.

—Hola, Syd, hijo. Pasa —cerraba la puerta con el cerrojo, tapaba la mirilla con su pequeño disco metálico, le seguía—. ¿Por qué no me avisaste que llegarías tan tarde? He estado preocupada por tu causa desde las nueve, Syd. Las cosas están tan mal en la calle...

—Yo soy la policía, mamá-respondió él. Y tomó el rostro de su madre entre las manos y besó su frente con ternura y unción—. La gente exagera. Siempre ha habido ladrones, alborotadores, asesinos, bribones...

Cárter Anda, anda, no te distraigas. Vendrás derrengado, hijo, después de casi doce horas de servicio ininterrumpido. Yo te prepararé...

Pero Syd se había metido en el cuarto de aseo y se oía el rumor del agua. Estaba duchándose.

Su madre estaba en la cocina contemplando con pena el abundante desayuno colocado en una bandeja y que... Syd no iba a tomar ya, con toda seguridad, pues era la una del mediodía.

Syd llegó resoplando, pero todavía con la agradable sensación del agua fresca cayendo sobre su piel

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

sudorosa, pues aquel día hacía un calor infernal.

Anticipándose a sus deseos, su madre abrió el frigorífico y destapó una botella grande de cerveza. Tomó un vaso y ofreció ambas cosas a su hijo, pero éste, como de costumbre, rehusó el vaso y bebió directamente del gollete de la botella.

—El almuerzo estará en seguida, hijo. Tengo un pollo en el horno.

—No te des prisa —respondió él, distraído—. Comí un bocado en comisaría y no tengo hambre. Por lo demás, no tengo que volver a comisaría hasta las cinco. Incluso podré permitirme el lujo de una siesta.

Syd se marchó a su rincón preferido: el asiento tapizado del saloncito-mirador situado hacia el norte.

Hacia la hora del mediodía aquélla era la zona más fresca de la casa. Syd recorrió el ventanal para permitir que entrase el aire puro y aspiró profundamente el aroma de las acacias tardías que crecían frondosas en el jardín.

Norah se reunió con él, minutos después. Oportuna siempre, traía un paquete de cigarrillos y el mechero, que su hijo había dejado en cualquier sitio antes de ponerse bajo la ducha.

Ella se sentó frente a él y durante un rato ambos permanecieron en silencio, gozando de la frescura del ambiente, aumentada por la brisa que penetraba a través del ventanal entreabierto.

Disimuladamente, observó a su hijo. Le gustaba su viril gesto cuando fruncía los labios para apretar la boquilla del cigarrillo, encendía la llamita azul del mechero, chupaba ávidamente y entornaba los ojos para evitar que las primeras volutas de humo penetraran en ellos.

Syd era una copia, mejorada, de su difunto esposo, Clark Dickory, que también había sido policía y,

¡desgraciada suerte!, había muerto relativamente joven después de recibir un balazo de un malhechor desesperado. Pero aquello hacía ya muchos años. La herida se había cerrado y no dolía ya.

Ahora, Norah Dickory temía por su hijo. Constantemente temía que el

día menos pensado Syd corriera la misma suerte que su esposo. A pesar de las seguridades que él le daba constantemente, a pesar de su aplomo, de su fortaleza. Norah tenía que reconocer que aunque Syd sólo tenía treinta años, había dado suficientes pruebas de poseer sensatez, cautela, sentido de la justicia y una visión verdaderamente humanística de su profesión.

Por desgracia, Norah Dickory sabía que la muerte no suele distinguir entre los justos y los depravados. Y

de ahí sus temores.

Syd bebía y fumaba pausadamente.

—Deberías casarte, hijo —susurró ella, de repente.

—No tengo tiempo, mamá —respondió él, como de costumbre.

Era cierto, pues apenas disponía de unas horas libres para dedicarlas al descanso. Desde que Syd fue destinado a Homicidios, dos años atrás, su tiempo libre se había ido reduciendo hasta límites increíbles. El servicio era apretado, los delitos se multiplicaban, había que estar dispuesto durante el día y la noche.

—Pues deberías sacar tiempo de donde, sea —insistió ella—. Tienes aspecto cansado, aburrido, decepcionado...

Syd se volvió a mirar a su madre.

—Necesito dormir, eso es todo. La noche ha sido ajetreada.

—¿Qué sucedió? —de repente, Norah acababa de recordar que su hijo había llegado a casa cuatro horas 8 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

después de lo normal.

—Un caso de asesinato y violación —respondió Syd, después de arrojar una bocanada de humo al aire, que la brisa arrastró velozmente hacia el exterior—. Una señora de unos cuarenta y cinco años, una ex bailarina famosa, Eve Doyle.

—Dios mío —pronunció Norah, quedamente.

—Su asesino la estranguló y la violó. Debía ser un individuo de una fuerza descomunal, pues apretó tanto que le rompió la tráquea y casi le fracturó el cuello, sólo con sus manos —Norah vio que las facciones de su hijo se tensaban.

—¿Lo... lo habéis detenido?

—No. La señora Doyle llamó a la policía pidiendo socorro, pero la comunicación se interrumpió. El sargento que había recibido la llamada perdió media hora preciosa antes de decidirse a enviar un coche-patrulla al 74 de Park Lane. Esto es normal: recibimos a diario centenares de llamadas de gamberros que denuncian agresiones y asaltos que... sólo existen en su imaginación. En realidad, tratan de distraer a la policía en comprobaciones de ese estilo, se divierten de esa estúpida manera.

—Pero finalmente acudiste a esa dirección...

—No fui yo, sino dos agentes de auto-patrulla. Me avisaron después desde el domicilio de la señora Doyle, cuando la encontraron muerta en su lecho con la ropa de dormir hecha jirones. Naturalmente, estaba ya muerta. Su asesino tuvo tiempo holgado de escapar. Así que...

Calló bruscamente. Luego dio una chupada al cigarrillo y se llevó a los labios la botella de cerveza.

Estaba pensando que probablemente los agentes patrulleros habrían atrapado al estrangulador si el sargento Findley hubiera tomado al pie de la letra la llamada de socorro de la señora Doyle. Pero...

—Era una casa preciosa, muy bien puesta, a pesar de sus pequeñas dimensiones. Un apartamento lujoso del centro de la ciudad —relató, mirando a los niños que jugaban en el jardín—. Excelentes muebles, decoración distinguida, ya sabes... Vimos una maravillosa colección de porcelanas: dos jarrones Sévres, piezas del Renacimiento italiano, algunas figurillas chinas. Todo muy caro, por valor de unos cuantos miles de dólares. Una de las piezas, una tetera, se había hecho añicos contra el suelo. La puerta no estaba violentada, de modo que, probablemente, nunca sabremos cómo consiguió entrar el asesino. Es posible que llamara y ella saliera a abrir. O que utilizara una copia de la llave auténtica. Por cierto, la cerradura era de esas modernas, muy sofisticada, con llave de cuatro hileras de guardas, prácticamente imposible de abrir con ganzúa, de modo que tuvimos que hacer venir a un cerrajero especializado, que nos franqueó la puerta.

Más parecía hablar para sí que para su madre. De alguna manera, ella intuía que no era conveniente interrumpirle en estos momentos, pues al mismo tiempo que informaba a su madre, Syd iba recomponiendo su actuación, de forma que, a veces, conseguía reparar en algún detalle que al principio no le había llamado la atención y que podría resultar trascendente para la investigación.

—De todas formas, ella consiguió encerrarse en su alcoba, pues el asesino se vio obligado a destrozar la puerta de esta pieza. Calculo que debe tratarse de un individuo de casi dos metros de estatura y más de cien kilos de peso, dotado de una fuerza bestial. Recuerdo cuál fue mi primer pensamiento al ver aquella puerta destrozada a puñetazos. Porque la había roto a golpes de puño: las maderas estaban machacadas de su propia sangre e incluso encontramos un fragmento de piel de sus nudillos. Debió sangrar bastante, porque también había pequeñas gotitas de sangre en la moqueta color tabaco, en el teléfono, en las sábanas, en la ropa interior de la señora Doyle e incluso en su cuerpo. ¿Por qué había destrozado la puerta de la alcoba a puñetazos? Lo más lógico sería haber utilizado una silla o el contundente candelabro de cobre que ocupaba un rincón., Por eso pensé: «Parece la obra de un loco». Y sigo pensando lo mismo.

9 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

Syd calló. Sus ojos se perdieron en el firmamento caliginoso. Durante unos minutos permaneció en silencio. En el antepecho de la ventana estaba la botella de cerveza, vacía.

Norah se puso en pie y se deslizó, silenciosa, hacia la cocina. Echó una ojeada a su asado, cortó el fuego y volvió con otra cerveza casi helada.

—Así que tenemos sus huellas dactilares, pero hemos comprobado que ese individuo no está fichado, de modo que... Bueno, también sabemos que su grupo sanguíneo es el O positivo. Sí, tenemos algunos datos sobre él. Por ejemplo, sabemos que era un individuo barbudo. Barba de una semana. Lo sabemos porque el rostro de la señora Doyle ofrecía diminutas punzadas, refregones, semejantes a los que podría producir una barba crecida. Y también porque hallamos tres pequeñas cerdas. Es pelirrojo, porque también quedaron cabellos de su cabeza

prendidos en las sábanas y entre las uñas de la señora Doyle. Pero todo esto de poco nos sirve por el momento.

Tomó la botella que su madre no se había atrevido a ofrecerle para no interrumpir su hilo mental y bebió un largo y refrescante trago.

—He invertido toda la mañana en hacer algunas averiguaciones. He interrogado a los vecinos. Al parecer, Eve Doyle había sido dada de alta recientemente en la Clínica Psiquiátrica Hatford. No sé si este dato guardará alguna relación con el asesinato en sí, aunque «Curly» —Norah sabía que su hijo llamaba así al teniente Bert Solomon, pues éste tenía el cabello muy ensortijado— piensa que nada tiene que ver, pero yo lo tendré en cuenta, por si acaso.

Evidentemente, Syd Dickory no dejaba nada al azar. Era tan meticuloso en sus investigaciones que a veces llegaba a ser exasperante. Pero su madre apreciaba en Syd este espíritu analítico y paciente, que le permitía obtener el éxito donde otros habrían fracasado.

—La señora Doyle sufrió un desequilibrio mental que hizo imprescindible su internamiento en Hatford, donde fue sometida a tratamiento por la doctora Kate Waldman —habló Syd con voz monótona—. Pero se recuperó totalmente, según he sabido de labios de la propia doctora Waldman a través del teléfono. Iba a reintegrarse a su trabajo, pues era profesora de Ballet en la Academia Stromberg, cuando súbitamente recibe la visita de un perturbado que la estrangula y la viola.

Un gesto amargo apareció en su rostro atezado por el sol.

—No tenía más que a su marido, Percy Doyle, un importante empleado de la empresa McDougall Electronics, que ahora trabajaba como agentes de Ventas en Europa. Conseguí de su empresa que me indicaran su dirección en Madrid y he hablado con él. Está destrozado... Se echó a llorar cuando le di la noticia con todo el tacto posible. Un representante de su compañía en Madrid me dijo, cuando se cortó la comunicación, que el señor Doyle había sufrido un síncope y que no podía seguir atendiéndome al teléfono porque tenía que llamar a un médico de urgencia. Puse una nueva conferencia a Madrid, dos horas más tarde, y supe que Percy Doyle había sido ingresado en una clínica... Norah acarició la mano de su hijo. Pero no hizo ningún comentario.

Syd encendió otro cigarrillo, del que fumó con cierta ansiedad.

—Parece que se recuperará, que se trataba más bien de una lipotimia que de un verdadero ataque al corazón —siguió hablando, con cierta expresión lejana—. Por supuesto, vendrá en cuanto el médico se lo permita. Y se encontrará con su esposa muerta, estrangulada, cuando ambos se disponían a reiniciar su vida. Ya he pedido al forense que el cadáver de la señora Doyle sea adecentado y tratado por un especialista, pues su expresión era horrible y Percy Doyle tendrá que reconocer el cadáver. Pero aún no sabemos cuándo llegará a esta ciudad y el cuerpo será depositado en los frigoríficos de conservación del depósito especial de la Morgue...

Quedó en silencio, inmóvil. La brisa alborotaba de vez en cuando sus cabellos lisos y sueltos.

10 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

No añadió nada más. Sólo se movía, de cuando en cuando, para tomar un trago de cerveza o dar una chupada al cigarrillo.

Syd fumaba demasiado y Norah estuvo a punto de decírselo. Pero comprendió que no era el momento oportuno y calló.

—Podemos comer cuando quieras, hijo. El asado está a punto. Te prepararé una ensalada o una macedonia de frutas, como quieras.

—No tengo ganas de comer, madre. Sólo de descansar —respondió él.

Ella pareció considerar sus palabras durante unos segundos. Luego se alzó de su asiento y dijo:

—Tienes razón, Syd. Debes estar muy cansado. Ve a la cama. Duerme tranquilo. Cuando despiertes, yo te tendré dispuesta la comida.

El sargento Dickory terminó su cerveza y la dejó sobre el antepecho del ventanal, junto a la otra. Luego se marchó, cruzando el salón y siguiendo el pasillo, hacia su dormitorio.

—No sé si cuando despierte habré recuperado el apetito —pensó.

Y se dejó caer sobre las frescas sábanas. Cerró los ojos, se relajó y se

quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO III

El asesinato de la señora Eve Doyle tuvo lugar en la madrugada del día 3 de julio. Cuatro días después, es decir, el 7 de julio, el avión que traía a Percy Doyle tomó tierra en el aeropuerto, a las tres de la tarde.

Syd Dickory, que había acudido al aeropuerto, le vio descender la escalera.

Percy Doyle era un hombre de excelente porte y físico distinguido. Debía tener unos cuarenta y ocho o cuarenta y nueve años, pero se conservaba muy bien. A pesar de lo cual, su rostro descolorido y la torpeza de sus movimientos demostraban que aún se hallaba bajo el influjo de la tragedia que le había tocado vivir.

Syd no se acercó a él: tal misión no era de su incumbencia. Sin embargo sentía un interés más personal que profesional por conocer a aquel hombre, motivo que le había impulsado a trasladarse al aeropuerto justo a tiempo para ver a Percy Doyle.

Consideremos que un policía se encuentra muy a menudo ante un verdadero jeroglífico a la hora de resolver un hecho delictivo misterioso. Por tanto, debe valerse de todas las hipótesis posibles y no desechar de antemano ninguna posibilidad. Y entre estas posibilidades —aunque de forma confusa y remota— contaba la de que Percy Doyle hubiera hecho asesinar a su esposa.

A primera vista, esto puede parecer una monstruosidad, pero si nos ceñimos a la experiencia es preciso admitir que no es la primera vez que un marido ha encargado el asesinato de su esposa —y al revés—, por diversos motivos.

Syd Dickory podía recordar el caso Rewood, por ejemplo.

Horace Redwood, un importante hombre de negocios que vivía en Chicago, se marchó a Londres por motivos profesionales. Dos días después, el cadáver de su esposa, Dorothy, apareció en un vertedero de basuras. Las torturas y parciales mutilaciones a que había sido sometido el cuerpo de la señora Redwood, junto con las palabras obscenas que habían escrito con rotulador sobre su piel, todo esto dio pie a la policía para imaginar que se trataba de un asesinato ritual. Nada más lejos de la verdad, sin embargo. La idea de enmascarar el horrendo asesinato con un «toque ritual» partió del propio Horace Redwood, quien imaginó despistar, así, a los investigadores. Y cierto

que lo consiguió... aunque no tanto. Con todo, el 11 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

«desconsolado» esposo cometió el error terrible: exigió a sus asesinos a sueldo que filmaran la escena del asesinato, pues odiaba a su esposa hasta límites de aberración. Los sicarios cumplieron y Redwood recibió una película en Super-8 después de entregar el resto de la cantidad acordada como pago del crimen.

Cuando fue detenido, Redwood confesó que había proyectado aquel filme docenas y docenas de veces, en una sala de su lujoso apartamento de Rodgrove, de modo que finalmente la película resultó rayada y un tanto estropeada la banda estereofónica impresionada con los gritos agónicos de su propia esposa.

No fue el azar quien hizo posible la detención y la confesión de Horace Redwood, sino la paciente vigilancia policial. Cuando Redwood se disponía a emprender un viaje de asueto a Miami Beach, dejó un momento en su coche descapotable un maletín, donde había guardado el célebre filme con la escena del asesinato. Un joven policía que se había convertido en su sombra, aprovechó que Redwood había olvidado unos contratos en su residencia para abrir el maletín, encontrar la película, echarle una rápida mirada al trasluz y comprender que tenía ante los ojos la prueba concluyente de un crimen horrendo.

Pero Syd Dickory no había acudido al aeropuerto sólo por esta razón, aunque la tenía en cuenta. Le interesaba comprobar si alguien observaba a Doyle, si alguna persona demostraba interés por él.

Pero no ocurrió así. En la aduana, Doyle se reunió con Ellis Hastings —su cuñado— y poco después abandonaban el aeropuerto. Nadie más se interesó, de cerca o lejos, por el infeliz señor Doyle.

Esa misma tarde, Percy Doyle acudió al funeral por el alma de su esposa, cuyos restos fueron quemados en un horno dependiente de la misma capilla presbiteriana.

La policía concedió treinta y seis horas a Doyle para que se recuperase de las emociones de aquella tarde.

Y luego fue convocado, en la mañana del 9 de julio a la Sección de Homicidios.

«Curly» Solomon había pedido a Syd que estuviera presente en el interrogatorio, que hubo de interrumpirse poco después cuando el señor Doyle sufrió un doloroso ataque de nervios.

—Déjame sacarle de aquí, Bert —pidió el sargento Dickory al teniente Solomon—. Trataré de averiguar lo que nos interesa.

Parecía mentira que aquel hombretón, macizo y atlético, fuera tan sensible. Pero nunca acabamos de conocer a las personas.

—Vamos a dar una vuelta por ahí —propuso Syd—. Aquí dentro hace demasiado calor.

Y Doyle le agradeció aquella proposición con una débil sonrisa. Subieron al coche del sargento, que condujo hacia las afueras, hasta las colinas de Kriboken, al borde de un pinar, donde existía una cervecería al aire libre y los excursionistas se empeñaban en afinar sus siluetas a base de carreras pedestres, ciclismo, montañismo, etcétera.

Bajaron del coche y echaron a andar. Indudablemente, Doyle parecía un nombre destrozado. Se esforzaba en demostrar entereza, pero no lo conseguía del todo, pues de cuando en cuando sus ojos se tornaban brillantes y surgían las lágrimas.

—Usted y la señora Doyle debían quererse mucho —comentó Syd, cuando después de escalar una suave pendiente, se detuvieron para fumar un cigarrillo.

—Eve era lo más importante para mí. Era... admirable. Jamás se quejó cuando abandonó su carrera por mi causa. Yo no quería que siguiera bailando, aunque ahora comprendo que era una postura absurda. Lo cierto es que la necesitaba para mí. Por ella trabajé sin descanso, por ella hubiera hecho cualquier cosa.

Eve... poseía una humanidad fuera de lo común. Era... bondadosa, abnegada, sensible, un poco asustadiza, muy imaginativa. De todas formas, poseía una fuerza de voluntad superior a la mía. Incluso cuando sufrió aquel... desequilibrio nervioso, se sometió al internamiento de buen grado, pues comprendía que era la 12 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

única solución para devolverla a la normalidad. Las causas... fueron diversas. Esta loca vida, que nos empuja a andar corriendo sin parar en pos de algo que... después se evapora en nuestras manos sin dejar rastros. Yo me veía obligado a viajar constantemente, no tuvimos hijos, ella se volcó demasiado en su trabajo de la Academia de Ballet Stromberg... Teníamos el tiempo tan ajustado, que necesariamente tenían que dislocarse los nervios de una mujer tan sensitiva y exquisita —habló fluidamente, sin permitirse la menor pausa.

Parecía fuera de duda que Percy Doyle había amado apasionadamente a su esposa. Y todavía la amaba.

—Cuando ella fue a la clínica, yo me esforcé en ganar más y más dinero... incluso a costa de mi salud

—añadió—. Para los dos fueron muy amargos aquellos seis meses. Yo acudía cada vez que podía a verla, pero sólo eran unos minutos y comencé a desfallecer. Sin embargo, la seguridad de que necesitaba dinero para ella, me empujaba a soportar tantas amarguras. Y de pronto, cuando Eve acababa de darme la noticia de su alta, de su completa rehabilitación mental, cuando íbamos a vivir juntos y a ver transcurrir felizmente los años de nuestra madurez...

No pudo seguir hablando. Un gemido hondo, viril, le conmovió de pies a cabeza. Su espalda se arqueó, agitada por los sollozos. Se había vuelto de espaldas, para que Syd no fuera testigo de su debilidad, pero el sargento apoyó una mano en su hombro y otra en su brazo y dijo con voz suave:

—Cálmese, Percy. Comprendo su dolor. Estoy aquí, como testigo de su desesperación y debe creerme si le digo que comparto su aflicción. Ha sufrido un duro golpe, un terrible golpe. Para usted lo fácil, ahora, sería abandonarlo todo: sus proyectos, sus ilusiones, incluso su trabajo. Pero no caiga en la tentación.

Resista y siga esforzándose. Le ayudará.

Doyle se recuperó un tanto. Aceptó el cigarrillo que Dickory le ponía entre los dedos y fumó con gran ansiedad. Luego, los dos hombres dieron la vuelta y descendieron a lo largo de la vereda.

—Vamos a tomar tina cerveza —decidió Syd. Y se aproximaron a la barra, bajo las copas de los pinos y paladearon lentamente él frío

líquido refrescante.

Doyle se había serenado. Pero su rostro estaba pálido y sus ojos reflejaban un vacío sin límites.

—No puedo comprenderlo —dijo— supongo que me ha tocado a mí, como podía tocarle a cualquier otro ser humano... La persona que mató a Eve debía ser un desequilibrado.

—¿Esa es su opinión? —indagó Syd.

—¡Naturalmente! —se excitó Doyle—. Llevo muchas horas pensando en todo esto, sobre todo después de conocer el informe de la policía... Teníamos en la casa cosas de mucho valor. Una colección de porcelana, valorada en ochenta mil dólares. Eve me lo advirtió muchas veces: «Debemos asegurar nuestra colección, aunque tengamos que pagar una cantidad considerable de dinero». Pero yo no le hice caso

—Doyle se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo—. ¡Maldito bochorno! —exclamó, resignado—.

Además, había dos cuberterías de plata maciza, y algún dinero... Unos cuatro mil dólares. ¿Por qué el asesino de Eve no tomó todo eso y se marchó? Estaba al alcance de su mano, podía llevárselo. Ella, según tengo entendido, estaba en su alcoba y se encerró con cerrojo. Mi mujer no suponía ningún peligro. Pero no...

Se volvió para ocultar las lágrimas.

Evidentemente, un hombre dedicado a los negocios como Doyle, no podía comprender que, a veces, los asesinos sienten impulsos ajenos al robo, al lucro en sí.

Permanecieron aún un rato bajo la fresca sombra de los pinos. Discretamente, Syd intentó sonsacar a Percy Doyle acerca de sus familiares, de sus amigos, de su entorno social. No le resultó difícil: Percy era un hombre desconsolado, elemental y afectuoso que necesitaba desahogarse con alguien. Si ese alguien 13 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

era un interlocutor amable y silencioso como el sargento Dickory, tanto mejor.

Doyle hizo una exhaustiva relación de su vida profesional, de sus relaciones sociales y familiares. Después Syd le preguntó sobre Eve y Percy fue igualmente meticuloso y abundante en la narración de anécdotas y descripción de los familiares y amigos de su esposa.

Dickory no pudo extraer un solo dato interesante de todo ello. Interesante para su investigación, se entiende, pues como persona Percy Doyle era para Syd tan importante como cualquiera de los personajes a los que había tenido que tratar y ayudar.

Habló también de la Clínica Psiquiátrica Hatford. Percy sólo tenía una queja al respecto: el corto espacio de tiempo que concedían a las visitas. En cuanto a esto, eran demasiado rígidos, en su opinión. Pero se sentía satisfecho de la terapia aplicada a Eve por la doctora Waldman y, en general, de los resultados obtenidos con su esposa.

Hacia el mediodía hacía tanto calor que incluso bajo las ramas de los pinos se hacía insoportable aguantar.

Syd se llevó en su coche a Percy Doyle y le dejó en el hotel Lexington, donde residía desde que volviera de Madrid.

Desde allí, volvió a la comisaría y grabó un informe condensado para el teniente Bert Curly Solomon.

Terminó la grabación con estas palabras: «Pienso dormir la siesta hasta las seis. Que nadie me moleste hasta esa hora.»

Abandonó la comisaría, camino de su casa.

Esa misma noche...

* * *

Ed Brooks se incorporó un momento al escuchar el penetrante zumbido de su despertador-radio-reloj japonés. Seguidamente abrió un ojo, vio la hora —nueve treinta de la noche— y... volvió a quedarse dormido.

Dolly Alvarde, la guapa chicana con la que vivía desde unos años a esta parte, penetró en el dormitorio cinco minutos más tarde. Se inclinó sobre el hombre que jamás se acostaba con ella de noche, y le zarandeó:

—¡Ed! ¡Despierta!

Brooks despertó por segunda vez en el espacio de cinco minutos. Estaba bañado en sudor —lo cual le ocurría a casi todo el mundo a aquella hora— y tenía una expresión de intenso terror. Tan intenso que su guapa compañera retrocedió de un brinco.

—¡Ed! ¡Qué diablos te pasa! —chilló, asustada.

—He vuelto a soñar con Maddie Ohara —resopló, desmayado—. Soñé que Maddie hacía lo que me había anunciado tantas veces: pasarme por encima con una apisonadora.

Dolly se enfureció.

—¿Y por eso me has dado un susto de muerte, condenado borrachín? La botella entera de vino que te bebiste esta tarde, eso es lo que te ha hecho soñar —rugió la mujer. Y tiró de las sábanas, empujó el colchón e hizo rodar a Ed Brooks sobre el fresco piso de piezas de terrazo—. ¡Apúrate, haragán! Faltan apenas veinte minutos para que comience tu turno.

A Ed le hubiera gustado dormir toda la noche sobre el fresco pavimento, pero Dolly le incordiaba sin 14 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

cesar, tirándole de los pelos, haciéndole cosquillas en las axilas y la espalda, en las plantas de los pies...

Finalmente se incorporó de mala gana, enganchó un pie en las sábanas, estuvo a punto de caer cuan largo era..., pero Dolly estaba allí, vigilante, y le enderezó y le llevó a trompicones hasta el cuarto de baño, le dejó sobre la placa y abrió el grifo de la ducha, con lo que Brooks se duchó aquella noche con los calzoncillos puestos.

El agua le despejó un tanto, aunque aún sentía los vapores del vino en su cerebro y el sutil sedimento de la horrible pesadilla.

Dolly le ayudó a vestirse —antes le besó la ancha espalda en un arrebató de ternura—, le peinó, le acompañó hasta la puerta y le puso

en la mano las llaves del coche y la bolsa de curpiel con el termo del café y el desayuno para la mañana siguiente.

Antes de marcharse, Ed se volvió y la miró fijamente.

—Estoy pensando que esto nuestro está durando demasiado, Dolly...

—¿Te quejas? —preguntó ella con expresión fiera.

—Todo lo contrario, mi vida. Creo que... No me hagas mucho caso, pero ¿por qué no pasar por la vicaría?

Al fin y al cabo, tú y yo somos católicos. Nuestra gente piensa que lo decente es casarse. Yo —a Brooks se le vino un color y se le fue otro—, yo te quiero, dulzura, Dolly, corazón mío, cordera... Pero no es sólo lo que hay entre tú y yo. Es Billy, nuestro hijo. Tiene ya tres años. Pronto tendrá que ir a la escuela y... En fin, si estás de acuerdo, ve preparando los papeles.

Dolly quedó pálida primero, luego se le subieron los colores, se le hinchó su desarrollado busto latino v..., finalmente, se abalanzó sobre el fornido Brooks.

Le besó apasionadamente en los labios, le estrujó, permitió que él, como quien no quiere la cosa, le introdujese la mano libre entre los senos y respondió:

—¿De veras, Eduardo mío?

—Ya sabes que no me gusta que me llames Eduardo. Eso es chicano, ¿no? —respondió él un poco amoscado.

—¡Qué importa! —respondió ella, exultante de alegría—. Entonces quedamos en que voy preparando el papeleo...

—Sí.

—Pues no voy a hablar más, Eddy, mi vida. Vete con Dios. Y ten mucho cuidado al llegar a la carretera.

Ya sabes que algunos corren como locos y tu...¿tú te tragaste la botella de vino entera. En serio, Ed, ten cuidado.

—Lo tendré, Dolly. Dale un beso a Billy antes de acostarse —recomendó Brooks. Y salió.

Frente al bloque de casas baratas estaba el viejo «Oldsmobile». Era un

automóvil ruinoso: chapas abolladas por doquier, pintura cuarteada, cristales rayados y sucios, la tapa del portaequipajes sujeta con un alambre... Pero era lo único que Brooks tenía para trasladarse a las instalaciones de la Bogan Company, compañía que se dedicaba al alquiler y venta de maquinaria de obras públicas.

Por fortuna la temperatura elevada ayudó a arrancar al viejo automóvil en seguida. De modo que Ed encendió los faros llenos de mosquitos y mariposas nocturnas estampadas sobre los cristales, se arrellanó en el desvencijado asiento y arrancó.

15 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

Tenía un cigarro puro de medio dólar entre los dientes y se sentía medianamente feliz. Su satisfacción se derivaba de haber tenido la suficiente presencia de ánimo y valor reconocido —éstas hubieran sido sus palabras— para plantear dignamente a Dolly la posibilidad del matrimonio. Al fin y al cabo, llevaban largos años viviendo juntos, de modo que... Atravesó el barrio de casas baratas ocupadas por obreros, alcanzó la larga y casi siempre solitaria Radial Avenue y condujo a pequeña velocidad hacia el sur.

No conducía moderadamente por que le gustase —amaba la velocidad —, sino porque el «Oldsmobile» no daba más de sí. Y, además, a medida que avanzaba hacia el sur, la idea de detenerse unos minutos en Smith Stop, el negocio de un viejo amigo, iba tomando cuerpo en su cerebro.

Se detuvo, sí, al final de Radial Avenue, donde se alzaban unos cuantos sauces llorones agitados por la brisa y un cuarteado anuncio luminoso avisaba a los conductores de «Desayunos y Cócteles», es decir, lo que se tomaba al principio y al final de cada jornada.

Había dos grandes trailers en el camino de los sauces y media docena de automóviles. A cien metros de allí, los obreros de obras públicas estaban reponiendo el firme de la avenida. La mitad de la derecha tenía un color oscuro intenso, negro, y aparecía lisa como la palma de la mano. En la izquierda, se había levantado el viejo pavimento con máquinas pesadas de roturación. Se veían algunos compresores, unos

camiones y... ¡una apisonadora!

Ed quedó allí plantado, rígido. Notó que el calor huía de su cuerpo y su sudor se tornaba hielo.

La apisonadora.

«Algún día te haré pasar por encima una apisonadora, hasta reventarte. Estallará tu vientre y regará de tripas el patio. Las niñas se reirán cuando vean desparramados los menudillos de un tipo llamado Edward Brooks», le había repetido centenares de veces la severa Maddie Ohara.

Maddie Ohara era una de las brutales vigilantes del reformatorio infantil de Copper Fields, una institución del Estado, en la que Ed había pasado tres largos años de su vida. A los nueve años, Ed Brooks era un niño delgado, anémico, asustadizo, apocado, incapaz de relacionarse con los demás. Este —entre otros—

era el motivo que le había llevado al reformatorio. Y allí había ido a tropezar con Maddie Ohara, aquella bruja de cuarenta años, alta y huesuda, que le hacía la vida prácticamente imposible.

La animosidad de la cuidadora contra el niño había surgido de algo tan nimio como la manía de Ed por dormirse con un juguete que le había traído una hermana de su madre (los padres de Ed habían muerto cuando él era poco más que un bebé). Era una apisonadora, una preciosa apisonadora de hojalata, con su cuerda, sus rulos inofensivos y un mecanismo que imitaba el ruido de la máquina original. Ed le tomó tanto afecto a aquel juguete que jamás se desprendió de él hasta que Maddie Ohara lo tiró a la basura.

Con él jugaba, con él comía y con él dormía.

Maddie tenía mal genio, era ruda y severa, propensa a los azotes ante la menor desobediencia, de modo que Ed se ganó muchos golpes hasta que, cumplidos los once años, se hizo cargo de él el bondadoso matrimonio formado por Baine y Elaide Brooks, modestos tenderos del barrio de Low-Holden.

El gesto airado de Maddie, sus continuos gritos, maldiciones y castigos, habían marcado indeleblemente a Ed. Niño imaginativo con exceso, había sufrido durante miles de noches aquella pesadilla atroz en la que él resbalaba sobre el suelo y caía a tierra. Maddie Ohara, encaramada a una enorme apisonadora de obras públicas, conducía inclemente el pesado armatoste hasta que...

Ed expulsó con fuerza el aire de sus pulmones, pronunció una maldición... y caminó aprisa hacia Smith Stop.

Por fortuna, allí estaban algunos de sus mejores amigos. La animación que reinaba en el negocio de Smith

—«buenas noches, compadre, cómo tú por aquí»—, alejó de él los tenebrosos pensamientos y le devolvió al mundo vulgar, animado y ruidoso en el que Brooks solía desenvolverse. Allí estaban Tom Barin, Burt 16 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

Noble, John Smith, Atilano Arias..., personas a las que conocía desde hacía tantísimos años.

Le invitaron a participar en la partida de dados y él aceptó de buen humor. Atilano pidió algo de beber para él. Ed no quería tomar vino ahora, de modo que se inclinó por un cubalibre bien fresquito..., aunque él nunca lo pedía así, sino que exigía al «compadre» Smith «ron con cola», anticipando la palabra ron que le interesaba más que la cola y el único que comprendía su broma era Atilano Arias, que como buen californiano entendía el español y captó la procaz alusión de Brooks, pues en castellano también se llama cola al miembro viril.

Bebió, jugó, ganó, bromeó y perdió y volvió a beber. Eran más de las once cuando salió del negocio de Smith y subió al coche.

—Maldita máquina —gruñó entre dientes, un poco borracho, al divisar la mole inmóvil de la apisonadora, allá en la distancia, bajo los altos puntos fluorescentes de los focos.

Era muy tarde, pero no le preocupaba. Su función consistía en relevar a Buster Alonso, el viejo vigilante diurno de la Bogan Company, que le debía muchos favores, porque Ed había reemplazado a Buster cuando su mujer fue al hospital con medio cuerpo paralizado y arrojando espuma por la boca. Y esto Brooks lo había hecho sin darle importancia, durante cuatro días, sin pasar el informe correspondiente a la oficina, ya que el viejo Buster Alonso temía que le despidiesen de la empresa. Así que una hora más o menos...

Salió a la autopista y condujo con prudencia extremada. Era consciente de que no le lucía uno de los pilotos traseros y no quería buscarse complicaciones con la policía de tráfico.

Un par de kilómetros y ya estaba allí. Los altos muros de bloques de hormigón, la alambrada, las señales de circulación torcidas por otros tantos golpetazos de los adormilados trabajadores que llegaban por la mañana, los focos de la fachada y... Buster Alonso detrás de la cancela, con los dos perros lobos a su lado, lleno el cuerpo de impaciencia, con la frente sudorosa y:

—¿Por qué te retrasaste, Ed? Ya sabes que mi vieja se descompone cuando llego tarde. Su corazón...

Brooks se derritió en un exceso de explicaciones. Mintió, claro está, cuando dijo que su despertador se había atorado, y siguió mintiendo cuando invocó un pinchazo en las obras de reparación de Radial Avenue. Y se quedó tan tranquilo.

Pero pasó tan cerca del viejo que éste olió su aliento y comprendió la verdad. Pero no dijo nada. Se limitó a guiarle hasta el cuartito de vigilancia, a hacerle firmar la hoja del relevo, a recoger su pequeña bolsa y a golpear la espalda de los perros con palmadas ruidosas cuando los animales le acompañaron hasta la ancha cancela de acceso.

Luego, Ed silbó a los perros y éstos le siguieron hasta el cuarto de vigilancia. Brooks abrió su gran bolsa, sacó el termo, vertió un poco de café caliente en la tapa y lo bebió a pequeños tragos, soplando y resoplando con placer, mientras sostenía su cigarro de medio dólar en la mano izquierda. Los perros movían sus colas, atentos. Brooks abrió su fiambarrera y arrojó un par de salchichas a los canes, que engulleron la pitanza en "un santiamén.

—Ea, se acabó —murmuró Brooks entre dientes.

Tapó el termo, guardó ambas cosas en su bolsa y tomó de un cajón una gran linterna, pues se proponía hacer la primera ronda. Así, con el cigarro entre los dientes, la linterna en una mano y el pesado manajo de llaves en la otra, abandonó el cuartito de vigilancia, seguido de los perros.

Su trabajo nocturno era descansado, apacible. En las instalaciones de la Bogan Company jamás ocurría nada desagradable, al menos por la noche. Cierto que los ladrones merodeaban en las cálidas noches de verano por aquella zona fabril, pero en la Bogan Company no habían penetrado jamás.

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

A fin de cuentas, ¿qué podrían robar allí, sino maquinaria pesada? Ningún loco se atrevería a hacerlo.

Rodeó el edificio de administración, abrió para apagar una lámpara que alguien se había dejado encendida y volvió a cerrar. Luego recorrió las fachadas exteriores de los enormes hangares donde se alojaban las máquinas, contorneó la alta alamburada empotrada en un zócalo de hormigón y retornó a su cuarto de vigilancia.

i Los perros penetraron en la exigua estancia en pos de él, pero al ver que Brooks se repantigaba en el viejo sillón, abrió un cajón, sacaba un arrugado número de «Playboy» y se ponía a leer, salieron poco después al exterior.

Ed se sirvió un poco más de café y hojeó la revista, complacido. Al contemplar un rotundo cuerpo de mujer morena, recordó por reflejo a su Dolly y sonrió al imaginar que, a la mañana siguiente, ella se mostraría más cariñosa que nunca.

Pasó el tiempo lentamente. A las dos de la madrugada, Brooks dejó la revista, se puso en pie, se desperezó como un oso y se dispuso a iniciar la segunda ronda de vigilancia, tal como tenía ordenado.

Los perros no estaban a la vista. Les silbó de la forma convenida, pero los animales no aparecieron.

Fue entonces cuando le pareció escuchar un rumor distante. Intrigado, echó a andar, atravesó el césped, se detuvo y aguzó el oído. El ruido, insistente, persistía. Parecía provenir de la parte más alejada del recinto.

¿Y los malditos perros? ¿Merodearía alguna perra en celo por los alrededores?

Al volver la esquina de uno de los hangares, vislumbró dos bultos al pie del seto que limitaba la calzada.

Se acercó, se inclinó y... comprobó que los dos perros estaban muertos. Sus cuerpos estaban tibios aún, pero de sus bellos manaba una espuma blanquecina de mal agüero.

Se asustó. Incluso pensó que lo más prudente era volver al cuarto de vigilancia y coger su carabina.

Pero en aquel momento, el rumor que le había atraído aumentó de volumen. Brooks se irguió, caminó junto al muro del hangar y llegó ante el gran portón abatible. Al otro lado, un potente motor zumbaba con estrépito.

Había una gran mancha de grasa sobre el pavimento, precisamente delante de la pequeña puerta lateral de acceso para personas. Nervioso, Ed sacó el llavero, seleccionó una llave a la luz de la linterna y abrió.

Distinguió las moles de las pesadas máquinas en el oscuro recinto del hangar. Inmediatamente encendió la linterna y enfocó hacia adelante.

Vio la gran apisonadora y quedó inmóvil, incapaz de reaccionar. También entrevió una confusa silueta, un rostro, tras los sucios cristales de la cabina.

—¡Maddie Ohara! —exclamó, aterrado.

Y retrocedió, tembloroso.

Por desgracia, no recordó la gran mancha de grasa. En su precipitada y loca fuga, sus pies resbalaron y cayó al suelo violentamente y rodó sobre el duro pavimento.

En aquel momento, el portón basculante crujió horrísonamente y cayó con gran estrépito, a pocos pasos de él. Simultáneamente, en la puerta del hangar apareció la gran apisonadora.

Dominado por el pánico, Ed se sintió incapaz de reaccionar. La apisonadora pasó por encima del abollado portón y lo dejó convertido en una lisa lámina que emitía vibraciones metálicas.

18 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por

autores/...

Lentamente, el rulo delantero —veinte toneladas de peso— avanzó hacia él. Fue el instinto de conservación lo que le impulsó a saltar hacia delante, a equilibrar su cuerpo a pesar de que sus sandalias resbalaban sobre el pavimento. Y corrió, corrió locamente, ansioso por escapar a aquella pesadilla viviente.

Sé habría alejado unos veinte metros cuando sintió aquel picotazo en el cuello. El dolor fue tan agudo, que Ed se llevó instintivamente una mano a la zona herida, perdió el equilibrio y cayó rudamente a tierra.

Quiso moverse y notó sus músculos paralizados, incapaces de elevarle del suelo y ponerse a salvo.

Apenas pudo girarse para ver la pesada mole metálica que se le venía encima. En su rostro se reflejó, el horror al vislumbrar el demacrado rostro de la persona que conducía la apisonadora.

—¡Maddie Ohara! —jadeó. Y sesenta toneladas de peso pasaron por encima de él, lentamente.

CAPÍTULO IV

El calor iba en aumento. Aquel día se había llegado en la ciudad a los cuarenta y un grados: Y esto no era, nada: las previsiones meteorológicas indicaban que las temperaturas irían en aumento hasta mediados de agosto.

Syd Dickory hubiera preferido descansar durante todo el día y trabajar por la noche. Pero esto sólo era un sueño irrealizable. Por la noche era imposible llevar a cabo una investigación, visitar a centenares de personas, interrogar a sospechosos o testigos, visitar centros oficiales... Verdaderamente, habría que seguir con la rutina diaria. Es decir, aguantar catorce horas de calor diarias.

Cierto que los larguísimos días del verano ofrecían muchas posibilidades de diversión para la gente normal: el verano, la vida al aire libre, las piscinas, los ríos y las playas, las fiestas de sociedad, los bailes, los conciertos, los clubs nocturnos...

Sin embargo, estaba demostrado que en pleno verano se cometían más delitos que en las demás estaciones del año. Era el calor, que excitaba los sentidos y ofuscaba la mente, haciendo más propicio el crimen.

Esto, al menos, decían los grandes reportajes de las revistas.

Syd empezaba a creer que las revistas tenían razón. En el verano se producían diariamente docenas y docenas de delitos. Reyertas, violaciones, asesinatos..

Llevaba viviendo una semana infernal, no sólo por el calor, sino también por el trabajo decepcionante que suponía la investigación del asesinato de Eve Doyle. Se sentía frustrado hasta las raíces porque la solución del caso parecía escurrirse de entre sus dedos como un pez resbaladizo recién sacado del agua.

¡Agua! ¡Quién pudiera largarse al lago Deepson, liberarse de la ropa y permanecer el resto del verano en sus frescas orillas...!

Pero esto era otro sueño. Había que estar al pie del cañón, haciendo indagaciones, consultando ficheros y periódicos atrasados, relacionando hechos, interrogando a sospechosos. Casi un centenar de individuos, cuya descripción se aproximaba al retrato-robot del asesino de la señora Doyle, habían pasado por comisaría en las últimas fechas. Tipos altos y corpulentos, pelirrojos, desaseados, malencarados... Se les tomaba las huellas dactilares y... se les dejaba en libertad. ¿Qué otra cosa podía hacerse? Las huellas de aquellos hombres no coincidían con las registradas en el apartamento de los Doyle.

Miles de comprobaciones en hoteles, moteles, pensiones, residencias, estaciones, terminales de autobuses, en el aeropuerto... Todo inútil. El monstruo de cabellos rojos que había llevado la ruina y la desesperación al hogar de los Doyle se había evaporado en el aire caliginoso que pesaba como una losa sobre la ciudad.

Syd Dickory, siempre tan meticuloso y analítico, había cometido un fallo destacable. ¿No había pensado él 19 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

mismo que el asesinato de Eve Doyle parecía la obra de un loco? Aunque hay demasiados locos sueltos que andan por las calles, la mayoría están en los manicomios, en los sanatorios psiquiátricos. Pero a Syd no se le ocurrió llevar su investigación hacia estos centros médicos donde se recluye a los perturbados. Y

debió hacerlo, porque la alusión a la locura estaba presente en todas las facetas de aquel caso. Por ejemplo: Eve Doyle había recibido asistencia psiquiátrica en la Clínica Psiquiátrica Hatford. Y su asesino parecía un loco.

De todas formas, un nuevo crimen horrendo vino a superar con creces el impacto popular producido por el asesinato de la señora Doyle.

En la mañana del 12 de julio, los obreros que acudían a su trabajo en las instalaciones de la Bogan Company, llamaron urgentemente a la policía desde el cuartito de vigilancia de la propia empresa.

Syd había sido relevado del servicio nocturno a raíz del caso Doyle, de modo que llegó a la comisaría a las ocho de mañana.

Un obrero de la Bogan Company, tan nervioso que apenas podía expresarse, le dio cuenta de que acababa de descubrir algo horrible.

—Es... irreconocible, aunque suponemos que se trata del vigilante nocturno, Ed Brooks. Son sus... ropas, lo único identificable. Cerca de... los restos, hemos visto su linterna y el manojito de llaves. Una apisonadora le pasó por encima, es lo único que puedo decirle. Será... será mejor que vengan cuanto antes.

Empieza a calentar el sol y las moscas...

No pudo decir nada más, porque se había desmayado. Otro de sus compañeros se puso al teléfono y pidió:

—Por lo que más quieran, vengan en seguida. Esto es... insoportable.

Syd bajó al sótano-garaje con tres agentes y emprendió el viaje hacia el sur de la ciudad.

Ni siquiera ahora, muchas horas después de la inspección ocular en el recinto de la Bogan Company, su estómago estaba dispuesto a admitir alimentos. Había tomado un par de zumos fríos. Incluso así, su estómago marchaba pésimamente.

En cuanto a lo ocurrido en aquella empresa de alquiler y venta de maquinaria pesada su informe podía resumirse en unas pocas palabras: «se trata, al parecer, de Edward Brooks, de cuarenta y tres años, vigilante nocturno de Bogan Company. Aplastado por una apisonadora "McCormick" de sesenta toneladas de peso.» (Describir lo que había visto, hubiera resultado superior a su sentido de la estética.) Ahora sí, sabían que la víctima era Ed Brooks, que vivía en

Bockendale, un barrio de obreros situados al nordeste de la ciudad. (Como había comprobado el forense la identidad de Brooks era algo que Dickory no quería ni siquiera imaginar.)

Siguiendo el paso de las actuaciones policiales y judiciales, se podía decir que la apisonadora

—encontrada a pocos metros de los restos de la víctima— se hallaba almacenada en uno de los hangares cuando, la tarde anterior, el encargado Manny López, dio por terminada su jornada laboral. La policía aisló la zona con una barrera y unos quince expertos en huellas inspeccionaron meticulosamente la máquina e incluso el pavimento a su alrededor.

Encontraron huellas grasientas, pero correspondían a las sandalias de Ed Brooks. En la apisonadora se encontraron gran cantidad de huellas dactilares. Correspondían a Bob Robinson, que había alquilado aquella máquina para apisonar su propia cancha de tenis unas tres semanas antes. Desde entonces, la apisonadora no se había movido del hangar. (Robinson fue descartado como sospechoso pocos días después, al comprobarse que llevaba varios días hospitalizado, después de romperse un hombro...

precisamente en su recién estrenada cancha de tenis.)

20 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

No se hallaron huellas dactilares iguales a las del asesino de Eve Doyle, pero esto nada quería decir, puesto que el criminal podía haberse vuelto más cauteloso y utilizado guantes.

En cuanto a la gran mancha de grasa hallada junto al portón arrancado, Manny López, el encargado, declaró que la grasa no se encontraba allí cuando cerró el hangar la tarde anterior. ¿La había derramado el asesino para que Brooks untase sus sandalias en ella y no pudiese huir? Misterio.

Se descubrió que la puerta trasera del hangar había sido violentada. Pero tampoco allí se encontraron las huellas que Dickory buscaba.

Otro enigma más.

Tras la apretada y angustiosa mañana, Syd durmió la siesta, tomó un par de duchas, se vistió y abandonó su domicilio. Le aguardaba un trago verdaderamente amargo, pues «Curly» le había encargado interrogar a Dolly Alvarde, la mujer con la que Ed Brooks vivía desde hacía tiempo. Ambos tenían un hijo de corta edad, Billy.

Haciendo de tripas corazón, el sargento Dickory se metió en su coche y se dirigió al Bockendale, barrio de obreros donde vivía Brooks. (Donde había vivido, sería más correcto, porque ya...) La casa de Brooks estaba llena de vecinos y parientes que se esforzaban en consolar a aquella guapa muchacha llamada Dolly.

Curioso: de lo que se habían preocupado sus parientes era de proporcionarle a Dolly ropas negras, de luto.

De modo que allí estaba la pobre mujer en un saloncito repleto de personas, con un ambiente cargado, húmedo, pesadísimo... a cuarenta grados de temperatura.

—Más que consolarla, la están atosigando y asfixiando —pensó Syd. Y elevó su enérgica voz para anunciar que era el sargento Dickory, de Homicidios, y que «por favor, déjenme un momento a solas con la señora Brooks, pues tengo que hacerle algunas preguntas».

Dolly alzó la mirada y le agradeció con un gesto aquella expresión de «señora Brooks». Un hombre moreno y barbudo empujó a todos hacia otra habitación y, por fin, aunque el suelo quedó lleno de colillas aplastadas, Syd se encontró a solas con Dolly Alvarde.

Sollozaba. Verdaderamente tenía los ojos congestionados y lacrimosos y parecía muy afectada.

—¡Ahora, precisamente ahora! —la oyó lamentarse el policía—. Cuando mi pobre Ed pensaba casarse conmigo.

Parecía una buena mujer, pero su aflicción no sólo se refería al hecho de haber perdido un amante, sino también a la certidumbre de que Ed Brooks no se podría casar ya con ella, lo que hubiera servido para acallar las críticas de sus parientes. Y ahora, sola y con el pequeño Billy, que acababa de llevarse su hermana, Gardy Alvarde, en cuanto supieron que Ed...

Resultó muy difícil hacerla pronunciar una frase coherente. De sus palabras, el sargento Dickory dedujo que Brooks no tenía enemigos,

sino, que por el contrario, le sobraban amigos de borrachera y tertulia.

—Es como una maldición, ¡como una maldición! —hipó—. Él siempre soñaba con eso. Y la fatalidad...

—¿Con qué soñaba Ed, señora Brooks? —preguntó Syd, amablemente.

Se lo explicó. Era una pesadilla que se repetía insistentemente cuando Ed se sentía excitado. Soñaba que Maddie Ohara, una de las tutoras del reformatorio de Copper Fields, la perseguía en una apisonadora y le aplastaba contra el suelo.

—¡Parece mentira! —exclamó entre hipo e hipo—. Precisamente mi pobre Ed vino a morir así, tal como 21 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

tantas veces había soñado.

Dickory se hizo repetir la historia con detalle. Tomó unas notas en su bloc, manifestó su sentimiento a Dolly Alvarde y abandonó la humilde vivienda.

«Curly» Solomon no estaba en su despacho cuando volvió a comisaría. Grabó su informe e hizo algunas gestiones, entre ellas una llamada telefónica al reformatorio para jóvenes de Copper Fields.

Su director, George Hammond, fue muy amable.

—¿Maddie Ohara? Déjeme consultar el fichero... Aquí está, en efecto. Hace veintidós años que dejó de prestar servicios en este reformatorio. Su conducta... ¡ejem!, dejaba bastante que desear. Era demasiado dura, rígida y violenta para las modernas técnicas de tratamiento de menores. Se la jubiló anticipadamente, con el sueldo íntegro, pues ya tenía casi sesenta años. ¿Alguna pregunta más, sargento Dickory?

—Sí. ¿Qué edad tiene actualmente Maddie Ohara? en el caso de que esté viva, naturalmente.

—Sí, vive aún —respondió Hammond—. Tengo entendido que vive en una residencia para pensionistas, la Waterford Foundation, en Conny River, una pequeña población a veintidós kilómetros de esta ciudad.

En cuanto a su edad... déjeme calcular. Sí, debe tener setenta y nueve años.

¡Setenta y nueve años! ¿Podría concebirse que una achacosa anciana de esa edad fuera capaz de introducirse en el recinto de la Bogan Company, romper una puerta de hierro, subirse a una apisonadora, poner el motor en marcha y... aplastar a Ed Brooks?

Dickory dio las gracias a George Hammond y tamborileó con los dedos de su mano derecha sobre el grueso cristal de la mesa. Durante unos segundos, permaneció indeciso. Finalmente abandonó la oficina, dio un encargo al sargento de guardia y abandonó la comisaría.

Veinte minutos después llegaba a la residencia para pensionistas de la Fundación Waterford. A él mismo se le antojaba ridícula su actitud, pero no podría quedarse tranquilo si no veía a Maddie Ohara.

No fue difícil. Una enfermera escuchó sus razones y le permitió la entrada. Caminaron a lo largo de los pasillos desiertos y finalmente llegaron a un jardín, donde unos cuarenta ancianos permanecían a la fresca sombra de los sicómoros. Algunos paseaban lentamente, otros ocupaban sillones junto a un muro, otros descansaban sobre sillas de ruedas.

Maddie Ohara era una de estas últimas. Cuando Syd y la enfermera se aproximaron a ella, la escucharon murmurar:

—¡Mano dura, eso es lo que hay que tener con estos críos descarriados...!

El policía la observó disimuladamente. Era un cuerpo pequeñito, arrugado, que apenas pesaría treinta y cinco kilos. Tenía la espalda encorvada y el rostro tan arrugado como una ciruela pasa. Conservaba, sí, aquellas facciones estrechas y demacradas, aquella cara de hurón. Pero sus ojillos malignos apenas brillaban ya..:

—Padece reuma, que le impide moverse de esa silla. Y tiene un malhumor incorregible —susurró la enfermera al sargento—. Pero estamos aquí para ayudarles, no para criticarles. Por otra parte, la señorita Ohara ha perdido la noción de la realidad. No es que esté loca, es que sus facultades mentales se han debilitado hasta el límite.

Dickory abandonó la Fundación Waterford con la seguridad de que aquella mujer jamás hubiera podido moverse muchos metros más allá de la residencia.

Sin embargo, ¿por qué aquella obsesionante pesadilla de Ed Brooks se había convertido en realidad?

22 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

Condujo despacio a la vuelta, contemplando las anchurosas praderas sembradas de alfalfa. La emulsión líquida del riego por aspersión daba una sensación de frescura, inmediata. A Syd le hubiera gustado detener el coche en la cuneta, bajar y ponerse bajo los frescos chorros de agua pulverizada, pero se limitó a levantar el pie del acelerador para alargar el paseo junto a las praderas.

Al fin terminó el campo de alfalfa y aparecieron los suburbios. Entonces aceleró con un gesto de fastidio y se fundió con la riada de humeantes vehículos que cruzaban la ciudad.

Conducía a lo largo de Radial Avenue y hubo de aflojar la marcha al aproximarse a un tramo en obras.

Frenó hasta detenerse y sólo arrancó cuando el señalero se lo indicó. Ya se disponía a aumentar la velocidad cuando vio aquel bar bajo los sauces: «SMITH STOP, desayunos y cócteles».

—Bueno, supongo que también tendrán cerveza —pensó. Y se desvió a la derecha y dejó el coche a la sombra de los rumorosos sauces.

Por fortuna, la escandalosa gramola automática permanecía en silencio. La clientela era escasa: unos cuantos obreros que charlaban en voz baja.

Syd les prestó una mayor atención cuando uno de ellos se volvió de espaldas. Había un rótulo sobre la tela de dril de su «mono» de trabajo: «BOGAN COMPANY», decían las letras de plástico cosidas a la tela.

—.. creo que Ed estaba loco. ¿Quién hubiera hecho, algo semejante? Podéis llevarme la contraria, pero yo seguiré pensando lo mismo: se emborrachó como una cuba, fue al hangar, sacó la apisonadora, la puso en marcha y se tendió ante los rulos. Eso es lo que pienso. Y si

queréis saber por qué, os lo diré: Brooks estuvo internado en un manicomio. Lo sé. El mismo lo confesó una noche", en este, mismo lugar. ¿No es cierto, Smith?

CAPÍTULO V

Si, era cierto, según pudo comprobar media hora después el sargento Dickory. Bockendale estaba cerca, así que, le fastidiaba interrogar otra vez a la llorosa Dolly Alvarde, se dirigió a la casa del difunto Brooks.

Le recibió Gardy Alvarde, la hermana de Dolly.

—Está durmiendo —respondió cuándo el sargento explicó el motivo de su visita—, pero si se trata de eso, yo misma puedo informarle. Sí. Ed estuvo internado en un manicomio, hace unos tres años. Volvió destrozado de Vietnam, e ingresó en la Clínica Psiquiátrica Hatford, donde permaneció durante un año.

Cuando salió estaba curado.

La clínica Hatford, precisamente el centro psiquiátrico en donde atendieron a Eve Doyle por espacio de seis meses. Era una coincidencia curiosa.

Dickory dio las gracias a la señora Alvarde y volvió al coche.

Otra cuestión le preocupaba: ¿pudo Ed Brooks suicidarse con aquella apisonadora? Buscó su bloc y consultó sus notas. Allí estaba anotada la dirección de Manny López, el encargado de la Bogan Company: Gardens Road, 121, a unas cuantas manzanas de distancias, dentro del mismo barrio. Bockendale.

Manny López no estaba en su casa, pero su esposa le indicó que no sería difícil encontrar a su marido en

«Marathon», una cervecería próxima. Y allí estaba, en efecto. Al reconocer al policía, López se separó del grupo de amigos y vino hacia Dickory.

—Quisiera hacerle una consulta relacionada con Ed Brooks, Manny. ¿Le apetece una cerveza?

—preguntó.

Les sirvieron en seguida dos grandes jarras rebosantes, con las que fueron a sentarse a una mesa distante.

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

—Usted dirá, sargento —pronunció Manny, después de haberse enjugado el espeso bigote, manchado de espuma.

—Verá. He oído decir que Brooks pudo suicidarse, utilizando la apisonadora. Al parecer, Ed pudo arrancar el motor, sacar la máquina del hangar, echarla a rodar calle adelante y después tenderse ante ella.

¿Cuál es su opinión? —quiso saber el policía.

Manny se echó a reír.

—Quien dijo tal cosa no conoce las máquinas modernas, sargento —expresó— Brooks jamás pudo suicidarse, utilizando la apisonadora —al ver la expresión de asombro de Dickory, añadió—: Se lo explicaré. Las apisonadoras son muy lentas y trabajan siempre al aire libre. Con el calor del mediodía, algunos conductores se dormían y llegaban a caer de la cabina, con lo que la máquina seguía marchando y podía aplastar a alguien o salirse de la obra y despeñarse. Para evitar esto, se las dotó de un mecanismo de presión, situado en el piso de la cabina, de forma que si el conductor cae, la apisonadora se para automáticamente ¿Comprende?

—Comprendo —respondió Syd. Cerró su bloc de notas, se lo guardó, bebió la cerveza que quedaba en su jarra, dio las gracias a López, pagó la consumición y se marchó.

Así, pues, no se trataba de un suicidio, eso estaba claro, sino de un asesinato.

Volvió a comisaría. «Curly» Solomon estaba en su despacho, con los pies encima de la mesa y bebiendo a pequeños sorbos una «Coca-Cola» casi helada.

—¡Ah, por fin aparece el gran inquisidor! —bromeó.

Syd le envió una mirada que podía traducirse por cansancio y preocupación.

—He oído tu informe-continuó el teniente Solomon—. ¿Qué hay de nuevo en el caso Brooks?

El sargento metió un folio en la máquina de escribir y fue explicándole cuanto había averiguado a medida que escribía el informe.

—Otra vez la Clínica Hatford —comentó Solomon—. Empiezo a creer que tenías razón, Syd. Todo induce a pensar que existe alguna relación entre ese centro psiquiátrico y los asesinatos de Doyle y Brooks.

Tendremos que investigar en esa dirección.

Syd dejó de teclear. De repente había surgido el chispazo en su cerebro. Ante la estupefacción del teniente, Dickory se alzó de su mesa y descolgó el auricular. Marcó el número del hotel Lexington y pidió a la centralita comunicación con el señor Percy Doyle, habitación 234.

En seguida escuchó la desmayada voz de Doyle.

—Sí, sargento Dickory. ¿Qué desea?

—¿Cómo va su ánimo, Percy? ¿Por qué no sale a tomar el fresco, a dar un paseo? Según me han informado, apenas sale de su habitación —dijo Syd, amable.

—¡Qué puedo hacer! No tengo ganas de nada. La empresa me ha concedido un mes de licencia para que me recupere, sin embargo... a usted puedo decírselo, Syd: no hago más que pensar en la pobre Eve, en esta horrible tragedia, en mí mismo... Trato de explicarme cómo pudo suceder... Ya sabe. Pero no logro encontrar ninguna respuesta.

—Sí, es un golpe terrible. Pero no debe dejarse abatir. Piense que estamos haciendo cuanto está en nuestra mano para encontrar al asesino de su esposa.

24 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

—¿Y qué puede solucionar eso? Créame, Syd, comprendo su interés porque usted es un policía, pero yo no siento ningún interés por ese individuo, sea quien fuere. El mal está hecho —expresó Doyle,

sombrío.

—Entiendo su punto de vista, Percy, pero considere que, si como imaginamos, se trata de un perturbado, puede volver a producir otras víctimas. Ese asesino supone un peligro potencial para la sociedad y nuestro deber es encontrarlo e impedir que cometa nuevos crímenes... Y a propósito de esto: ¿recuerda si su esposa, cuando estuvo enferma, padecía alguna obsesión particular? Quiero decir: alguna pesadilla o temor, en especial —preguntó el sargento Dickory.

—Eso es lo más doloroso —respondió el apesadumbrado Doyle—. Sí, precisamente la atormentaba una pesadilla, desde la adolescencia. Muchas veces despertaba en la madrugada, gritando aterrada y bañada en sudor. Al principio sólo me daba explicaciones confusas acerca de aquellos terrores, pero más adelante, cuando tuvo más confianza en mí, me confesó que soñaba con un tipo repugnante, alto, corpulento, barbudo, de cabellos rojos, que vestía una arrugada gabardina y poseía unas manos enormes. Eve veía en su pesadilla cómo este individuo penetraba en su alcoba destrozando la puerta, saltaba sobre ella y la estrangulaba y... violaba —terminó Percy con voz ronca.

—Es decir: justamente lo que ocurrió —dijo Dickory.

—Exactamente. Y es esto lo que me mantiene obsesionado. ¿Es posible que una pesadilla, un simple sueño, se convierta en realidad? —preguntó Doyle, atormentado.

Por supuesto, el sargento Dickory no tenía respuesta para aquella pregunta. Después de recomendar a Percy que no se encerrase en su habitación, que procurase distraerse y olvidar su obsesión, colgó el teléfono.

Curly, que había seguido la conversación con gran atención, se dejó caer sobre el respaldo de su sillón y dijo, asombrado:

—¡Inaudito! Dos pesadillas que se convierten en realidad... ¿Podría imaginarse nada más absurdo?

Syd le miró en silencio, sin hacer ningún comentario. Pero de pronto reaccionó: levantó de nuevo el auricular y marcó un número. El teniente Solomon observó sus manejos sin intervenir.

Cuando tuvo comunicación con la Clínica Psiquiátrica Hatford, Syd preguntó a la telefonista de guardia si se encontraba en el centro la doctora Kate Waldman.

—Lo siento, su jornada termina a las siete, aunque a veces suele retrasar su salida incluso un par de horas.

Hace ya tiempo que se marchó —le respondieron.

Dickory pidió el número de teléfono de Kate Waldman. La telefonista se mostró reacia a dar aquella información, pero terminó cediendo cuando el sargento, sin identificarse, dijo que le sería fácil hallar lo que buscaba en la guía telefónica.

Colgó en seguida y marcó el teléfono de la doctora Waldman.

—Soy el sargento Dickory, de la Brigada de Homicidios, ¿no me recuerda? Hablé con usted por teléfono, hace varios días, a propósito del asesinato de la señora Eve Doyle...

—Sí, recuerdo, sargento. ¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó la doctora Waldman. (Probablemente, aquella mujer tendría no menos de cincuenta años y su presencia física sería la propia de una mujer de tal edad, pero tenía una voz preciosa, perfectamente modulada.)

—Necesito hacerle una consulta, doctora. Pero no me gustaría tratar este asunto por teléfono. ¿Le importaría que le hiciera una visita? No la molestaré mucho tiempo. Apenas unos minutos. Claro, en el caso de que no tenga otros proyectos concretos inmediatos.

25 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

Le llegó una jovial risa a través del hilo telefónico.

—Mi proyecto más concreto e inmediato es tenderme en la terraza, fumarme unos cuantos cigarrillos tranquilamente y beberme una cerveza fría. De modo que puede venir, si lo desea. Vivo en la colonia de chalets denominada New Glasgow. Es el número 198. Lo encontrará en seguida.

—Muchas gracias. Voy para allá —respondió Dickory.

Colgó el auricular y miró a su jefe inmediato.

—Si no te importa, Bert, terminaré de mecanografiar mi informe más tarde. Voy a ver si la doctora Waldman puede aclarar algunas de nuestras dudas. Es psiquiatra: ella estuvo tratando a Eve Doyle.

—¿Es guapa? —preguntó Curly, guiñándole un ojo.

Syd movió la cabeza como diciendo: ¡«Pero qué cosas tienes!»!, pero respondió:

—Ni siquiera la conozco. Aunque no espero que tenga el tipo y la belleza de una starlette. Ya sabes, esas doctoras suelen ser bastante mayores y un tanto hombrunas.

Cogió su chaqueta y salió de la oficina. Antes de cerrar la puerta aún pudo escuchar la pulla del teniente.

—¡Ten cuidado, Syd! Con las mujeres, nunca se sabe.

Anocheecía. Habían dejado de sentirse los rayos achicharrantes del terrible sol de julio, pero el bochorno seguía flotando en el ambiente.

Cuando se introdujo en su recalentado «Chevy», Syd pensó:

—El próximo coche que me compre ha de ser convertible. Con este clima es imposible vivir de otra manera.

Era ya de noche cuando frenó ante el número 198 de New Glasgow. Vio Una hilera de chalets adosados semejantes al que servía de vivienda a los Dickory, aunque aquí la construcción era más depurada y lujosa. Debían haber regado recientemente el césped del jardín, pues al caminar hacia la casa recibió en el rostro una agradable vaharada de aire fresco y húmedo, con olor a hierbas.

Pulsó el timbre y le abrieron en seguida. Se encontró de pronto ante una guapísima joven de cabellos rubios, ojos celestes, sonrisa agradable, dientes perfectos y un cuerpo maravillosamente proporcionado y embutido en un suéter de manga corta y un pantalón vaquero.

—Estoy citado con la doctora Waldman —dijo el policía—. ¿Quiere avisarla, por favor? Soy el sargento Dickory.

La bella joven rubia le contempló de pies a cabeza, asombrada.

—Yo soy la doctora Waldman —respondió, al cabo—. Puede pasar, sargento.

Le costó recuperarse de la sorpresa, pero al fin traspasó la puerta y siguió a la mujer a lo largo del pasillo.

La puerta se cerró por sí sola.

Así que aquélla era la doctora Kate Waldman. ¡Y él se había imaginado a una madura mujer carente de atractivos!

Ella le guió hasta una bonita terraza, cuajada de magnolias y geranios, donde había varios muebles de jardín pintados de esmalte blanco.

26 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

—Síntese —invitó ella—. Le traeré una cerveza. ¿O prefiere otra cosa?

—Gracias. Una cerveza está bien. Pero no quisiera molestarla.

—No me molesta, sargento. ¿Puedo decirle una cosa? Me he llevado una sorpresa más que regular: imaginaba que el sargento Dickory sería un policía maduro, seco y gruñón. Y resulta que es joven, agradable y prudente.

Syd se echó a reír de buena gana.

—¿Sabe? —explicó, haciendo un esfuerzo por contener las carcajadas—. Yo pensé algo parecido acerca de la doctora Waldman.

Ella se marchó, sonriente, y volvió en seguida con dos botellas de cerveza y dos vasos en una bandeja.

Syd dudó entre utilizar el vaso o no, pero finalmente bebió de la botella. Y ella hizo otro tanto.

—Traje los vasos por usted —explicó Kate Waldman—. Veo que tenemos los mismos gustos —encendió un cigarrillo extralargo, se recostó en su sillón y miró a Dickory—. Bien. ¿Cuál es esa consulta?

Syd se relajó, resultaba fácil conversar con tan guapa y atenta mujer.

—Es respecto a la señora Doyle. Su esposo me ha dicho que Eve sufría una pesadilla constante. Y se da la casualidad que su muerte se produjo exactamente como ella soñó tantas veces. Esta coincidencia me fascina, lo confieso. ¿Tiene usted alguna explicación para esto, doctora Waldman? —preguntó.

—Llámeme Kate. Lo de «doctora Waldman» se queda para la clínica. Tiene razón, es algo incomprensible. Desde luego, he sentido profundamente la desgracia de la pobre Eve. ¡Ella estaba tan entusiasmada con volver a su vida normal! Y de pronto... —A Kate se le humedeció la mirada y sus labios se fruncieron en un ramalazo de compasión y dolor.

Syd sacó su paquete de cigarrillos y encendió uno. Dejó que transcurrieran unos minutos, para darle tiempo a Kate a reponerse. Y luego comentó:

—Con todo, no sólo se trata de este insólito caso. Acaba de ocurrir otro... —le explicó el caso de Brooks sin entrar en detalles y terminó —: También Ed Brooks había soñado muchas veces que Maddie Ohara lo aplastaba con una apisonadora. Por supuesto, imagino que su pesadilla sólo eran reminiscencias de una infancia triste y desolada, pero lo cierto es que también sufrió la horrible muerte que siempre había soñado. Y también estuvo internado en la Clínica Psiquiátrica Hatford, según he sabido.

Kate se mostró muy impresionada.

—Es incomprensible, sí —comentó—. Pero no recuerdo a Brooks, aunque durante los dos años que he prestado mis servicios en la Hatford, he atendido a centenares de enfermos y es lógico que no recuerde a todos mis pacientes.

—No es extraño que no conociera a Brooks, si sólo lleva dos años en la Clínica Hatford —intervino Dickory—. Brooks estuvo internado hace tres años en la clínica donde usted trabaja. Es un caso para volverse loco. Los dos asesinatos guardan la relación que se desprende de esas pesadillas. Pero ¿fueron Doyle y Brooks víctimas del mismo asesino? Confieso que me siento desorientado —exclamó con impaciencia.

Kate bebió un poco de cerveza y después chupó de su cigarrillo. Lanzó al aire una densa bocanada de humo que quedó largo rato notando en el aire, entre los dos. Hacía calor: no se movía la más ligera brisa.

—No sé qué decirle —respondió ella, observando el lento desplazamiento del humo—. La vida está llena de misterios

insondables, tanto como la mente humana. Una persona excesivamente imaginativa llegaría a 27 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

conclusiones descabelladas...

—¿Por ejemplo? —saltó, rápido, el sargento.

—Pues... podría pensarse que tanto Eve Doyle como Ed Brooks adivinaron, con enorme anticipación, su propia muerte, ¿comprende? —al advertir que Syd parecía confuso, trató de explicarse—. Verá: es como cuando uno piensa de repente «hoy vendrá tía Margaret». Y en efecto, viene tía Margaret, aunque no haya anunciado su visita ni disponga uno del menor dato para sospecharlo. Son esas premoniciones que no pueden explicarse racionalmente.

Syd asintió. Por desgracia, aquel razonamiento no le servía de nada, porque a él lo que le interesaba era llegar hasta el asesino —¿o los asesinos?— de Eve Doyle y Ed Brooks.

—Esto parece un callejón sin salida —exclamó.

Kate se puso en pie de repente.

—¡Ahora que recuerdo...!

—¿Qué?

—Antes de recurrir a la Psiquiatría, Eve Doyle había buscado solución a sus problemas de otra forma. Me confesó que durante unos meses había asistido a varias sesiones de la «Cristical Metaphysics».

—¿Uno de esos grupos pseudo-religiosos orientales? —preguntó Syd ávidamente.

—En efecto. Celebran sesiones de espiritismo, alternadas con extraños ritos de origen oriental —explicó ella—. Sin embargo, Eve lejos de mejorar empeoró y tuvo que recurrir a la verdadera ciencia para curar su mal... Desde luego, ignoro si esto puede ayudarle en sus investigaciones, sargento. Pero me he decidido a hablarle de ello al recordar que hace tiempo se produjo un gran escándalo en relación

con los adeptos de

«Critical Metaphysics»: una joven médium murió en mitad de una de las sesiones.

CAPÍTULO VI

Syd permaneció despierto aquella noche hasta muy cerca de las tres de la mañana reflexionando sobre la visita de Kate Waldman. Tenía que confesarse que había quedado encantado de aquella guapa mujer de veintisiete años, que seguía soltera a pesar de su innegable atractivo físico y espiritual.

¿Por qué no se había casado una mujer tan bella? Probablemente, por las mismas razones que Syd permanecía soltero: no había tenido tiempo de pensar en ello.

Se prometió aprovechar la primera ocasión para volver a visitarla. En realidad, estaba deseando que esta oportunidad se presentara cuanto antes. Aunque desenvuelto en su apariencia exterior, Syd Dickory era un tímido. Por eso se preguntó, dudoso, si habría causado en Kate tan profunda impresión como la que ella le había suscitado. El hecho de que le hubiera dedicado más de hora y media así parecía afirmarlo.

Además, cuando se despedían. Kate se había ofrecido a resolver cualquier consulta que le fuese planteada en relación con su profesión.

Bien...

Ahora estaba en el salón, recostado en una hamaca, a cierta distancia de una lámpara flexo que sólo iluminaba un reducido círculo sobre la mesa.

Syd tenía un bloc en la mano, donde iba anotando todo lo que se le ocurría en relación con el problema que le obsesionaba.

28 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

«Crítical Metaphysics. Muerte de una joven médium en una de las sesiones», había escrito. Volvió a escribir aquellas dos palabras, pero

ahora una debajo de la otra; así: Critical Metaphysics Se dio cuenta de que, si se tomaban las primeras sílabas de cada palabra se formaba un curioso vocablo: CRIME.

—¿Simple coincidencia o... el augurio de unas posibles actividades delictivas por parte de esa sociedad?

—se preguntó.

Se prometió que a la mañana siguiente iniciaría una discreta investigación acerca de «Critical Metaphysics». Y se fue a la cama.

Como de costumbre, acudió a la comisaría a las ocho de la mañana. Cuando se dirigía a las oficinas, escuchó unas voces violentas en el pasillo de los calabozos.

—¿Qué ocurre, Glenn? —preguntó el sargento de guardia.

—Un loco. Uno de nuestros radiopatrulleros le sorprendió de madrugada conduciendo como un loco por la autopista. Provocó un accidente de tráfico que pudo costar la vida a varias personas. Y eso no es todo: la motocicleta que conducía era robada.

—¿Han averiguado su identidad? —preguntó Dickory.

—No. Resultó imposible. Es un verdadero loco, Syd. Debe haber escapado de un manicomio. Hace un rato, comenzó a gritar y a golpear contra la reja. El doctor Hower está con él intentando tranquilizarle.

Curioso, Syd caminó pasillo adelante. En aquel momento, el doctor Hower y un agente cerraban apresuradamente la puerta de la celda. El médico mostraba un aspecto grotesco, pues sus escasos cabellos grises estaban empapados de agua, así como su rostro y su pechera.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Ese individuo —exclamó Hower, sin acritud—. Parece un esquizofrénico. Tuvo un acceso de cólera y comenzó a golpearse... No me he atrevido a inyectarle un sedante fuerte porque puede ser perjudicial, si está sometido a tratamiento quimioterápico, como supongo. Opté por darle unos comprimidos. Se los ha tragado, pero me ha escupido el agua a la cara.

Eché una ojeada al detenido. Permanecía encogido en un rincón, como una fiera atemorizada, pero dispuesta, a defenderse con uñas y

dientes.

Sus cabellos estaban erizados y sus facciones crispadas y descoloridas. Era uno de esos individuos de edad indefinible: lo mismo podía tener treinta y cinco que cuarenta y cinco años o incluso más. Era delgado y vestía de negro, un pantalón y una camisa holgada. Calzaba mocasines negros, nuevos.

Syd le oyó murmurar algo entre dientes, pero no pudo entender sus palabras.

—Tranquilícese, amigo —dijo al arrestado—. Nos ocuparemos de devolverle a casa. ¿Cuál es su nombre?

Aquel individuo se puso en pie de un salto, y se acercó a la reja con manifiesta hostilidad. Hower y el agente se retiraron, precavidos.

—¡Vete a la m...! —rugió—. Por vuestra culpa, me ha sido imposible cumplir con Fan Roberts. ¿Dónde está mi moto...?

Temblaba violentamente y sus manos asían con terrible fuerza los barrotes de la reja. Sus facciones se habían deformado tanto que sus ojos parecían ir a saltar fuera de las órbitas.

29 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

Syd se asustó y retrocedió.

—Déjelo, sargento —recomendó el doctor Hower—. Los tranquilizantes harán efecto dentro de poco. Se calmará.

Abandonaron las celdas. Pocos minutos después —Syd se encontraba en su oficina redactando un informe—, se recibió un aviso del Sanatorio Psiquiátrico del Estado. Fue el sargento de guardia quien le pasó la información.

—Dicen que acaban de descubrir la desaparición de uno de los internados. Se llama Don Hattaway y padece esquizofrenia. Su descripción física coincide con el aspecto del hombre que tenemos encerrado.

¿Qué les digo? El teniente no ha llegado aún.

Syd reaccionó inmediatamente.

—Díales que trasladaremos a Hattaway al Sanatorio dentro de media hora. ¿Le han tomado las huellas dactilares, Glenn? —preguntó.

—Sí. Al principio, imaginamos que se trataba de un gamberro. Fue después cuando comprendimos que nos encontrábamos ante un majareta —respondió Glenn.

—Muy bien. Anoté en la ficha dactilar su nombre y apellido y ponga «Sanatorio Psiquiátrico del Estado».

—De acuerdo. ¿Va a llevar a ese tipo?

—Exactamente. Seleccione a dos policías forzudos. Tal vez los necesite —indicó Syd.

Desde luego, sus obligaciones profesionales no incluían el traslado de un loco. Si se prestó a ello fue por una suerte de vagos augurios que bullían en su cabeza.

Cuando, diez minutos después, Dickory llegó a la celda acompañado de dos corpulentos agentes, Don Hattaway yacía amodorrado sobre el camastro. En una de esas bruscas mutaciones propias de los enajenados, Hattaway había cambiado de actitud diametralmente. Su expresión era impenetrable y su pasividad total. No se opuso a que los agentes le colocasen unas esposas, como prevención de una posible agresión imprevista.

Escortado por los policías, que le sujetaban por los brazos, Don Hattaway se dejó llevar mansamente hasta el garaje del sótano, donde fue introducido en un automóvil policial.

Hacia las nueve de la mañana, el coche se detenía en un patio interior del Sanatorio Psiquiátrico del Estado.

Los policías hicieron bajar a Hattaway, se identificaron en el control de entrada y subieron a la segunda planta. Allí les esperaba el doctor Wayne Hamilton, jefe de la sección de Psicoterapia, que había sido avisado urgentemente en cuanto el personal de servicio advirtió la falta de Hattaway.

Hamilton era un hombre muy agradable, de regular estatura, cabellos rubios perfectamente peinados, ojos azules y perspicaces que sonreían

detrás de las gafas de montura dorada, labios finos y mandíbula cuadrada con un hoyito en medio.

—Don, mi pobre Don —exclamó, moviendo la cabeza y mirando fijamente al preso—. ¿Por qué te escapaste? Sabes que aquí te queremos y nos esforzamos en cuidarte... Está bien. Imagino que estabas deseando volver a casa, ¿verdad?

Pero Hattaway parecía ajeno por completo al mundo que le rodeaba y no respondió. Un momento después, dos robustos cuidadores se lo llevaban.

30 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

—¿Cómo logró escapar? —preguntó Dickory—. Parece un hombre peligroso.

—Siento que se hayan molestado y les agradezco que nos hayan traído a Don Hattaway —dijo el doctor Hamilton, amablemente—. En cuanto a su peligrosidad, sólo surge a rachas, muy de tarde en tarde. Por otra parte, Don, a pesar de su desequilibrio mental, es un hombre muy inteligente. ¿Saben lo que hizo?

Aunque la puerta de su habitación tiene una cerradura de seguridad, de nada valió, pues colocó ante el alojamiento del tetón una fina pero resistente lámina de cinta adhesiva transparente. La puerta quedó aparentemente cerrada, pero Don debió introducir una pequeña sierra de cortar ampollas de inyecciones y obtuvo vía libre sin complicaciones. Después, imagino que supo burlar la vigilancia de los celadores y salir al patio. Escalar la tapia que circunda este centro no supone ningún obstáculo para una persona medianamente ágil, como Don. Tendré que reconvenir a los celadores. Es preciso que pongan más interés en comprobar los cierres.

—Ya —respondió Dickory—. Otra cosa que me ha llamado la atención en Hattaway son sus ropas negras.

¿Les permiten vestir ropas civiles?

—No. Y precisamente iba a preguntarle a usted. Creí que había destrozado su pijama y ustedes le habían proveído de esas ropas. Pero veo que no fue así. No sé de dónde pudo sacarlas...

—Es fácil suponer que las robó. También robó una potente motocicleta, con la que estuvo a punto de provocar un accidente mortal en la autopista —puntualizó el sargento Dickory, severamente—. Espero que ese hombre no vuelva a escapar, doctor Hamilton.

El psiquiatra sonrió, conciliador.

—Puede darlo por seguro, sargento. Me ocuparé personalmente de aumentar y depurar el sistema de seguridad. Crean que lamento que uno de nuestros pacientes les haya producido tal quebradero de cabeza

—dijo.

—No se preocupe. Sólo cumplimos con nuestro deber —respondió Dickory.

Hamilton les tendió la mano y les despidió. Descendieron a la planta baja y caminaron a lo largo del ancho y brillante pasillo que conducía a la salida. Sin embargo. Syd se detuvo ante una de las puertas que comunicaban con los jardines interiores.

Estuvo contemplando a los internos que iban y venían lentamente por los cuidados paseos ajardinados y, de pronto, reparó en el hombre que permanecía bajo la sombra de un limonero.

Fue una verdadera convulsión interior la que sufrió el sargento Dickory.

El hombre que permanecía absolutamente inmóvil, contemplando con expresión estúpida una mariposa posada en el seto próximo, bajo la vigilancia discreta de uno de los cuidadores, tenía unas características muy especiales.

Era un individuo muy alto y corpulento, aunque su espalda era curvada y ancha. Sus largos cabellos rojos brillaban al sol como una llamarada. De perfil, mostraba unas facciones largas, duras y demacradas, con una rojiza barba de varios días. Y sus manos eran enormes, de dedos largos, peludos y potentes.

Sólo le faltaba la arrugada gabardina para ser el reflejo fiel del asesino de Eve Doyle, que Percy le había descrito vividamente. Un hombre

que medía dos metros y debía pesar más de cien kilos. Un verdadero cíclope, musculoso y bestial. Alguien muy capaz de romper el cuello de una mujer delicada, como Eve Doyle.

Syd jadeó, inquieto.

El hombre al que estaba observando, se movió, un poco. Tenía un cigarrillo mojado de baba entre los labios. Un cigarrillo apagado.

31 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

Syd obró impulsivamente. De ninguna forma hubiera podido dejar de hacer lo que hizo: abrió la puerta, caminó sobre la gravilla hacia el gigante pelirrojo y le dijo:

—¿Quiere lumbre?

El hombre parpadeó apenas y tendió la mano. Syd le ofreció su mechero cromado, del que acababa de borrar —frotándolo contra su camisa— sus propias huellas.

El loco tomó el mechero, manipuló con torpeza y surgió la llama. Encendió y Dickory le tomó el encendedor en el momento en que se acercaba el cuidador, desconfiado. Pero al ver que se trataba de algo inofensivo, contestó a la sonrisa de Dickory con un ademán amable.

Syd se reunió inmediatamente con los dos agentes. Abandonaron el Sanatorio Psiquiátrico, subieron al coche y regresaron a comisaría.

Había envuelto el mechero en un pañuelo limpio como si se tratase de un tesoro de valor inapreciable.

No estaba seguro de lo que iba a obtener de aquella impulsiva acción, pero se sentía tan impaciente e inquieto, que no descansó hasta depositar su mechero en el laboratorio, donde dejó, además, una muestra de sus propias huellas dactilares para que fueran comparadas con las que el hombre de los cabellos rojos había dejado impresas en el encendedor.

Aguardó, tan nervioso e impaciente que Bob Humphar, el analista, se

vio obligado a enviarle afuera.

Media hora después tenía el resultado: las huellas tomadas en casa de Eve Doyle y las del mechero eran idénticas.

Entonces corrió al despacho de Curly Solomon y dejó las pruebas sobre su mesa con un gesto satisfecho:

—Tenemos cogido al asesino de Eve Doyle —declaró.

El teniente Solomon bajó los pies de la mesa y se incorporó de un brinco.

CAPÍTULO VII

El desenlace de la investigación no pudo ser más deprimente. Se diría que todos los azares del mundo se hubieran confabulado para hacer fracasar al sargento Syd Dickory.

Por supuesto, Curly Solomon se había puesto incondicionalmente de su parte. Mantuvieron ambos una urgente entrevista con el capitán Spencer, su superior, al que pusieron al corriente del asunto.

Spencer habló con el gobernador y con el representante de la Oficina Federal de Investigaciones, Edmund Borcell. Había que andarse con pies de plomo, puesto que el acusado era un perturbado profundo.

Luego, el capitán Spencer se puso al habla con el prestigioso doctor Guss Damber, director del Sanatorio Psiquiátrico del Estado.

Damber comenzó a poner pegas inmediatamente. Naturalmente, trataba de curarse en salud, pues en cuanto recibió la información de Spencer, temió que el Sanatorio se viera envuelto en un escándalo mayúsculo.

Tuvo que aceptar —las pruebas estaban allí— que el acusado Alex Kotchiam parecía culpable del asesinato de la señora Doyle, pero a partir de allí sólo hizo poner trabas a la acción policial.

Por ejemplo: no permitieron que Alex Kotchiam fuera trasladado a las dependencias de la policía para su interrogatorio. Se permitió únicamente que Curly Solomon y el sargento Dickory le interrogaran en una 32 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

estancia próxima al despacho del doctor Damber. Este y el doctor Hamilton estuvieron presentes a intervinieron con excesiva frecuencia para proteger al hombretón de los cabellos rojos.

Syd se sentía profundamente decepcionado. Las respuestas de Alex Kotchiam —el asesino, según las huellas— habían sido infantiles, inconexas y ninguna luz arrojaron sobre el asunto.

El juez sobreseyó el caso. Según el informe pericial, Alexander Kotchiam era un esquizofrénico profundo, su enfermedad era irreversible. Jamás podría volver a la vida normal y en el futuro permanecería para siempre recluido y vigilado en un manicomio.

En resumen: no se podía condenar a un loco, aunque fuera culpable de un asesinato. Esto era lógico y razonable, pero Syd Dickory le hubiera gustado ir más allá de lo que sabía hasta entonces.

Le tranquilizó un tanto saber que Alexander Kotchiam había sido trasladado a un centro psiquiátrico alejado, donde estaría rodeado de fuertes medidas de seguridad.

Sin embargo, Syd se sentía vacío. No deseaba, de ninguna forma, que un pobre loco recibiese sobre sí todo el peso de la ley. No era esto. Kotchiam era demasiado desgraciado ya. Pero...

Se sentía tan deprimido que ni siquiera tenía interés en investigar a la secta «Critical Metaphysics». ¿Para qué? Sabía ya que Eve Doyle había muerto a manos de Alex Kotchiam.

Sin embargo, y sólo por curiosidad personal, averiguó que los adeptos de «Critical Metaphysics» se habían disgregado, meses atrás, a partir de aquel escándalo aludido por la doctora Waldman: la muerte por síncope cardíaco de una joven llamada Grace Alice Barton. Había indicios suficientes para creer que la sociedad no volvería a funcionar, pues incluso su gran gurú, Mhari Alsahdrawi —en realidad, un sudamericano con mucha labia— había sido expulsado del país cuatro meses antes.

Syd llamó aquella tarde a Kate Waldman y ésta se manifestó propicia a reunirse con él, media hora después.

Se sintió nervioso. ¿Adonde podría llevarla? No tenía ganas de meterse en un cine en día tan caluroso, apenas sabía bailar... ¿Qué

hacer pues?

Cuando se encontraron en Pyramid Park, ella resolvió el problema de la forma más razonable.

—Caminemos —propuso, simplemente—. Tengo ganas de estirar las piernas.

Y caminaron. Durante casi una hora, pasearon lentamente a lo largo de la zona comercial, bordeando Pyramid Park, Lindon Square, la fresca y arbolada Zero Avenue y el Wellington Stadium. Syd habló largamente. La puso al corriente de cuanto sabía en relación con Alex Kotchiam y el decepcionante desenlace de la investigación. Cuando Syd aludió al doctor Hamilton, Kate se detuvo un momento con una expresión extraña, pero volvió a caminar en seguida.

Luego se sentaron en la terraza de Golden Beer, pidieron dos jarras de cerveza y continuaron hablando y fumando apaciblemente.

De repente, Syd calló.

—¿Qué le ocurre, sargento? —preguntó la doctora Waldman.

—Nada —sonrió él—. Me sentía tan inquieto y deprimido y... de pronto me siento alegre y animado. Creo que se debe a su influencia, Kate. ¡Me siento tan a gusto en su compañía!

Bajó la mirada, un poco aturullado, tímido. Pero la respuesta de Kate le obligó a alzar la cabeza.

—A mí me ocurre lo mismo, Syd. Me siento muy a gusto en su compañía.

33 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

—¿Por qué no nos tuteamos? —propuso él, vacilante.

—¿Por qué no? —repuso ella, con una sonrisa divina—. Al fin y al cabo, me parece que ya somos viejos amigos, Syd.

Dickory experimentó un agradable cosquilleo a flor de piel. Para disimular su embarazo, pidió nuevas jarras de cerveza y encendió un cigarrillo.

—¿Por qué no te has casado, Kate? —se atrevió a preguntar luego.

—¿Por qué no lo has hecho tú? —retrucó ella, divertida.

—Oh, mi caso es muy diferente. Supongo que soy un poco introvertido. Y, por otra parte, apenas he tenido tiempo de pensar en ello. No soy un misógino, ni mucho menos. Sencillamente, mi profesión me ha absorbido por completo, hasta ahora. Me apasiona el trabajo que hago. Por eso no tuve tiempo para pensar demasiado en las mujeres.

Kate probó la cerveza. Sus labios brillaron, húmedos y carnosos. Y Syd sintió la tentación de besarlos.

Naturalmente, no lo hizo.

—Mi caso es muy parecido al tuyo —dijo ella—. Vivíamos en Owie Fields. Cuando vine a la Universidad, mis padres se dedicaron a mis dos hermanos menores. Luego mis hermanos se casaron. Mis padres se resignaron a organizar su vida sin mí y siguen viviendo en Owie, de donde nunca saldrían por nada del mundo. En cuanto a mí..., siento demasiada vocación por mi labor como para ir a vivir allí. Terminé Medicina, hice la especialidad, estuve dos años como residente en el Centro Adler y luego vine a la Clínica Hatford: Tengo tanto que hacer, que ni siquiera había pensado en buscarme pareja. Hasta ahora.

—¿Qué piensas ahora? —preguntó Syd, con intención.

Fue algo fugaz, pero las mejillas de la doctora Waldam se ruborizaron.

—Bueno, ahora... Digamos que por fin me he parado a pensar. Si quieres envanecerte, lo diré: ha sido a partir de nuestro primer encuentro.

Syd jadeó. Hacía calor, cierto, pero su ahogo tenía otros orígenes.

—Confidencias por confidencias. No he dejado de pensar en ti desde que nos despedimos, hace unas noches. Creo que... me estoy enamorado.

—¡Syd! —exclamó ella, sin poder disimular su gozosa sorpresa.

De pronto, ambos se dejaron arrastrar por la vorágine de la mutua atracción y sin reparar en la presencia próxima de otras personas, se besaron apasionadamente.

—Vámonos —dijo él. Y dejó un billete sobre la mesa y se marcharon sin terminar sus cervezas.

* * *

El 17 de julio, los bomberos acudieron a sofocar un incendio en Master Row. Los vecinos de un gran bloque de pisos acababan de avisar con urgencia, temerosos de que todo el edificio fuera pasto de las llamas.

Y poco después llegaba el aviso a la comisaría de la policía. Era el jefe de bomberos quien hablaba.

—Hay un cadáver achicharrado en plena calle. Una de las vecinas acaba de contarnos una extraña historia. Será mejor que vengan.

34 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

A la una y diez de la madrugada, Syd Dickory fumaba el último cigarrillo en su mirador, cuando sonó el teléfono.

—¿Syd? Solomon al habla. Si estás despierto y quieres venir, ponte en marcha. Tenemos un caso en Master Row. No es necesario que vengas a la comisaría, va directamente allí. Yo me pongo ahora mismo en camino —le dijo Curly.

—Muy bien. En seguida voy para allá.

Norah Dickory asintió, resignada, cuando él le dijo que tenía que salir y que no le esperara levantada, pues no tenía ni idea de la hora a que regresaría.

—Ten cuidado, hijo —se limitó a recomendar, como de costumbre. Y le acompañó hasta la puerta.

Aunque Solomon para nada había citado el incendio, Syd sospechó

que las llamas que brotaban de las plantas sexta y séptima de un alto edificio de Master Row tenían que ver algo, con la llamada del teniente.

Las larguísimas escaleras de los bomberos se bamboleaban allá arriba, donde dos hombres arrojaban potentes chorros de agua y espuma hacia las llamas. También habían colgado una manga elástica, a través de la cual habían sido evacuados los inquilinos que se encontraban en peligro.

En la acera frontera estaba Curly Solomon con otros policías. En el suelo, un cuerpo negruzco, retorcido, irreconocible.

Alguien dijo:

—Se quemó a lo bonzo. Ella fue la causa del incendio.

¿Ella? Nadie podría averiguar a simple vista si aquella pequeña masa oscura pertenecía a un hombre o una mujer.

Curly se acercó a él en cuanto le vio. Cambiaron un saludo y el teniente señaló al interior del coche policial estacionado unos metros más allá. Caminaron sobre la acera y Dickory vio a la persona que ocupaba el asiento: una mujer regordeta, de rostro vulgar, con los grises cabellos llenos de rulos.

Aquella mujer debía haber recibido una impresión tremenda, pues temblaba ostensiblemente y su rostro, ya ajado, estaba descolorido.

—Es la señora Baxon. Tengo interés en que escuches su declaración —dijo Solomon.

Penetraron en el coche y el teniente presentó a Syd:

—El sargento-detective Dickory. Por favor, señora Baxon... ¿quiere explicárselo todo?

La mujer se agitó temblorosa.

—¿Otra vez he de repetirlo? —murmuró—. Está bien... Yo me encontraba en el salón, cerca de la terraza, viendo la televisión. Allí se estaba muy fresquito. Había apagado la luz y me llegaba el sonido a través de los auriculares, pues no me gusta que el televisor escandalice a esas horas...

—¿Qué hora, señora Baxon? —puntualizó Dickory.

—La una menos cuarto, aproximadamente, pues acababa de empezar la película de la NBC —respondió la mujer—. Fue poco después cuando sonó el alarido procedente del piso de al lado, habitado por, la señora Frances Stevens. Somos muy amigas, pues las dos somos viudas.

—Díganos qué hizo, señora Baxon —le rogó Solomon.

35 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

—Por supuesto, tardé unos segundos en comprender que los gritos venían de su piso limítrofe con el mío.

Me despojé de los auriculares, cogí un spray antivioladores y salí al descansillo. En aquel momento se abrió la puerta y alguien tropezó conmigo tan rápida y brutalmente que no tuve tiempo para reconocerlo, aunque creo que se trataba de un hombre. Huyó escalera abajo, después de derribarme, y yo empecé a dar gritos de auxilio, que se mezclaron con los de la infeliz Frances. Por desgracia, aquel tipo había tirado de la puerta al salir y ésta se había cerrado. Aunque golpeé con fuerza, Frances no vino a abrirme.

La señora Baxon había advertido que por la rendija inferior de la puerta brotaba humo.

—Pensé: «¡Dios mío, Frances va a morir abrasada!». Y corrí hacia la terraza para ver de saltar la baranda y acudir en su auxilio. Ya ven que no soy lo que se dice una mujer ágil, pero los chiquillos de Frances me llegaron al alma y no dudé en poner en peligro mi vida con tal de ayudarla, si aún era tiempo.

Cuando se asomó por encima del panel que dividía ambas terrazas, vio las llamaradas que brotaban de las ventanas. Y algo más que la dejó helada de espanto: Frances Stevens convertida en una antorcha, que caía cuan larga era en la terraza, chillaba horriblemente, se agitaba, lograba ponerse en pie y... saltaba al vacío.

—¿Eso es todo, señora Baxon? —preguntó Curly Solomon.

—¿Le parece poco? Nunca olvidaré su último alarido cuando caía a la calle. Después oí el baque de su cuerpo al chocar contra el pavimento. Y luego sus chillidos se extinguieron bruscamente. Quedé anonadada, incapaz de reaccionar. Pero el fuego crepitaba próximo y temí correr la misma suerte que la infeliz Frances. Por eso recogí apresuradamente los documentos más importantes y salí a toda prisa. No tuve valor para tomar el ascensor: preferí bajar por la escalera. Para entonces, varios vecinos habían llamado ya a los bomberos, que llegaron inmediatamente. En la calle, a unos metros, vi algo horrible: el cuerpo de Frances estaba ardiendo aún...

Hipó violentamente y se llevó un pañuelito a los ojos.

—Al escuchar mis gritos, un coche se detuvo. Un par de jóvenes sacaron una manta de su portaequipajes, que arrojaron sobre el cuerpo de Frances, hasta que el fuego se extinguió.

La mujer calló, agotada por las emociones. Solomon y Dickory cambiaron una rápida mirada.

—Disculpe que sigamos molestándola, señora Baxon —dijo Syd, pasados unos segundos—. ¿Cree que el hombre que la derribó en el descansillo prendió fuego al piso de la señora Frances Stevens?

La mujer se agitó llorosa.

—¿Es que puede dudarse? —respondió, ofendida—. Y más que eso, no sólo prendió fuego al piso: debió rociar una gran cantidad de combustible sobre las ropas de la infortunada Frances, a juzgar por el intenso olor a gasolina que impregnaba el aire... Además, ¿no les he dicho que el cuerpo de mi amiga ardía todavía cuando bajó a la calle? Esto sólo podía suceder así porque ese monstruo había regado sus ropas de gasolina... ¡Dios mío! Y después le prendió fuego...

Syd se estremeció. Junto a él, Curly rechinó los dientes, rabioso.

¿Era posible tanta... barbarie?

Según les dijo poco después la señora Baxon, Frances Stevens contaba cincuenta y seis años de edad y padecía una afección vascular. Por fortuna, disponía de una pensión suficiente, pues su marido había muerto, años atrás, en accidente de trabajo y no tenía problemas económicos, por tanto.

—Es terrible —añadió la señora Baxon, mientras Syd tomaba apresuradamente unas notas en su bloc—.

¡Pensar que finalmente se cumplieron sus temores!

Dickory alzó rápidamente la cabeza.

36 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

—¿Cómo ha dicho? —inquirió.

—Era un poco maniática. Se pasaba las horas olfateando el aire dentro de su casa, temerosa de descubrir una fuga de gas, no quería ver cerillas ni mecheros en su piso y odiaba que alguien penetrara fumando en su hogar.

—¿Por qué?

—Cuando era pequeña, había visto morir abrasada a una hermana menor. La chiquilla se había derramado en los cabellos y en el cuerpo una botellita de gasolina... ¡creyendo que era gasolina! Luego se aproximó al fuego de la cocina y... Imagínense, yo no quiero ni pensarlo, debió ser horripilante. Por eso Frances tenía tanto miedo a que se produjese un incendio en su casa. No podía olvidar la pesadilla que había vivido cuando apenas era una niña. Y ahora...

—¿Sabe si la señora Stevens padeció alguna afección mental?— preguntó Syd, de pronto.

—¿Cómo lo sabe? —se sorprendió la regordeta mujer—. En efecto, fue hace unos meses. Tuvo que ir a la Clínica Hatford. Cosa de poca importancia. Una neurosis. La curaron pronto y volvió a casa en seguida.

CAPÍTULO VIII

—¡No es posible! ¡No es posible! ¡NO ES POSIBLE...! —chillaba como un energúmeno.

De repente, una mano fresca se posó sobre su frente sudorosa y Syd despertó y se incorporó con una sacudida violenta.

—¡Hijo! —exclamó su madre, asustada—. Tranquilízate, soy yo.

Syd cerró los ojos, respiró hondo, comenzó a tranquilizarse al contemplar el rostro bondadoso de su madre, que le abrazaba solícita y le enjugaba el rostro empapado en sudor con un fresco y diminuto pañuelo.

—¿Qué te ocurrió, hijo? ¿Una pesadilla? —preguntó Norah. Y volvió a besarle en la frente. Syd tomó sus frescas manos y le, devolvió la caricia, agradecido.

—Un sueño pesado, nada más —mintió—. Comí demasiado, eso es todo.

Su madre permaneció junto a él un rato. Luego, más tranquilizada, volvió a su alcoba.

Despierto, Syd respiró honda y rítmicamente.

No había dicho la verdad a su madre. En realidad, había tenido un sueño horrendo. En su pesadilla, Kate y su madre mantenían una agria y violenta disputa. De las palabras gritadas pasaban a zarandearse y a agitarse como dos mujerzuelas, hasta que Kate, más joven y fuerte, enviaba a Norah rodando por los suelos.

Entonces, Kate había gritado desaforadamente, con el rostro contraído en un rictus satánico:

—¡Te mataré, Norah Dickory! Te mataré... porque no quiero compartir contigo a Syd, que será sólo mío.

Un día llegaré por la puerta trasera cuando estés descuidada, cogeré esa pequeña hacha con la que partes la carne y... ¡te cortaré el cuello!

Lo peor no era esto, con ser horrible. A continuación, Syd se veía a sí mismo, junto a la lámpara-flexo, reflexionando y tomando notas en su bloc.

—No lo puedo evitar —murmuraba sordamente—. No puedo hacer nada. Está visto que las pesadillas no

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

son sino anuncio de lo que ha de sobrevenir. Está demostrado que los

sueños se convierten en realidad. Yo he soñado que Kate amenazaba a mi madre... ¡Dios mío, no puedo hacer nada para evitar que la mujer a la que amo mate a mi madre y se convierta en una asesina...!

Y, en efecto, en su sueño, Syd veía cómo Kate llegaba silenciosa y artera a la casa, atravesaba el jardín, echaba una ojeada a través de la puerta de la cocina, la empujaba, tomaba el hacha pendiente de una tabla colgada, sonreía diabólicamente y penetraba en la alcoba donde su madre dormía apaciblemente, ajena a todo...

Fue en ese momento cuando le despertó la mano fresca de su madre, que había escuchado sus gritos enloquecidos.

Se incorporó sobre el lecho, murmuró:

—Todo esto es estúpido, los sueños son estúpidos... Kate ni siquiera conoce aún a mi madre. ¿Cómo podría aborrecerla entonces?

Y una voz insidiosa resonó en su cerebro:

—Es que tu sueño puede ser el anuncio de lo que ha de ocurrir. Kate no conoce a tu madre, pero la conocerá. Y entonces... sus características chocarán, Kate empezará a sentir el odio en su pecho. Y finalmente...

Se puso en pie, furioso, y fue a la cocina. Al pasar junto al dormitorio de su madre, dijo:

—No te preocupes. Soy yo, mamá. Voy a tomar un vaso de leche.

Y ella respondió en un susurro:

—Muy bien, hijo. Duerme bien. Descansa.

Se tomó el vaso de leche fría de un largo trago y se sintió mejor. Después puso la cabeza bajo el chorro del grifo del fregadero y terminó de despabilarse. Cuando volvió a su dormitorio, estaba a punto de burlarse de sí mismo.

—Bromas del subconsciente. Pésimas bromas, para decir la verdad — pensó.

Encendió un cigarrillo y pasó largo rato leyendo una revista de actualidad. Al cabo de un rato apagó la luz y se durmió. No volvió a soñar, o al menos no pudo recordarlo a la mañana siguiente.

Gloria Johnson era un caso.

A sus veinticuatro años de edad, medía un metro setenta y cinco de estatura y pesaba... 180 kilogramos.

Gloria aducía constantemente que padecía algo del tiroides. Pero otras veces achacaba su considerable exceso de volumen a un problema de celulitis.

En el fondo, procuraba disimular la verdad: era una golosa mayúscula. Devoraba enormes cajas de bombones al licor, bandejas enteras de pasteles y merengues, pantagruélicos platos de ensaladilla rusa, pizzas para ocho personas, barras de helado tutti frutti de un kilo...

A pesar de ello, Gloria gozaba de una salud de hierro. Jamás había estado enferma ni indispuesta.

A pesar de su extraordinario volumen, se movía con considerable ligereza tras el mostrador de su boutique, «Glorias», situada en una calle del centro comercial. Gloria servía para aquel negocio y ella lo 38 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

hacía prosperar... aunque sólo fuera para poder permitirse su vicio favorito: las golosinas.

Su tía carnal, Josette Williams, trataba inútilmente de refrenar su gula.

—He ido a visitar al doctor Hayes, ginecólogo. ¿Sabes lo que me ha dicho, Gloria? Que las mujeres obesas suelen ser frías —le decía tía Josette.

—Bien —respondía la sobrina. Y seguía paladeando sus bombones, sin cesar.

—No tienes amor propio, querida. ¿Crees que con ese tipo vas a conseguir que un muchacho se fije en ti?

¡Te quedarás soltera! —insistía su buena tía.

—Bien —contestaba Gloria. Y seleccionaba media docena de bombones de coñac. Y así continuamente.

Un día sorprendió a Gloria a punto de «atacar» una enorme fuente de plata llena hasta los bordes de fresas con nata.

—No me dirás que vas a comerte todo eso —exclamó Josette Williams, estupefacta.

Gloria le dio la más clara respuesta: un cuarto de hora después la fuente de las fresas con nata estaba vacía.

—¡Un día deberías caerte a un estanque de melaza! —exclamó su tía, furiosa—. ¡Seguro que quedarías ahíta para el resto de tu vida...!

Gloria la miró con expresión dolorida.

—¿Por qué hablas así? —exclamó—. No hago daño a nadie comiendo, no molesto, no exijo nada. Me gusta comer y trabajo para poder permitírmelo. ¿Qué mal hay en ello?

En cierto modo, tenía razón. Claro que su figura cada vez era más deforme y redonda, de forma que sus ojos, su nariz y su boca apenas parecían puntitos en medio de aquel enorme rostro redondeado.

Era cierto que no sentía gran atracción por el sexo, prácticamente ninguna. Pero tampoco lo necesitaba.

Aquella noche tuvo una pesadilla terrible. Sonó que caía a un gran estanque lleno de melaza. Su tía reía a grandes carcajadas y se burlaba: «Toma, toma golosinas», le gritaba, hiriente.

Y Gloria se hundía lentamente en la pegajosa masa, mientras a su alrededor brotaban grandes burbujas que estallaban en su rostro. Se asfixiaba, sollozaba, gritaba desesperadamente... Pero la masa gelatinosa la absorbía inexorablemente.

Por desgracia, la pesadilla se repitió tan a menudo que Gloria comenzó a adelgazar peligrosamente. Su tía, que la quería de veras, la llevó una mañana a la Clínica Psiquiátrica Hatford, pues empezaba a temer que el desequilibrio nervioso de su sobrina acabase definitivamente con su salud.

Tuvo que ingresar en la Clínica, en la que permaneció dos meses. Fue sometida a una cura de sueño, adelgazó gradual y razonablemente y le dieron el alta cuando la consideraron en situación de volver a su

trabajo.

Pero, inexorablemente también, volvió a comer desaforadamente, pues la dilatada temporada de ayunos en la clínica le había abierto un apetito atroz. Y su peso subió y subió en poco tiempo hasta volver a los 180 kilos anteriores.

No volvió a tener aquellas pesadillas, por lo menos.

El día 22 de julio, Gloria Johnson se encontraba ante el televisor con una caja de bombones franceses 39 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

cuando sonó el teléfono.

Era su tía, que la llamaba muy excitada.

—Gloria, coge tu coche y ven a Taybell Plaine, donde están las Destilerías McBurney. En la parte trasera, hay una pequeña puerta pintada de color naranja que pone «Prohibido el paso». Entra. Te estaré esperando.

Gloria frunció el ceño.

—¿Y por qué he de entrar en un lugar donde pone «Prohibido el paso»? Por algo será, ¿no? —respondió, desorientada.

—No seas torpe y escúchame. Estoy en un compromiso. Se trata de aquella vieja deuda con el señor McBurney. Quiero que sirvas de testigo en el momento que le entregue el dinero.

Gloria no sabía que su tía le debiera dinero al señor McBurney, pero, puesto que sólo se trataba de eso...

Cogió las llaves del coche, apagó el televisor y salió a la calle... con su caja de bombones en la mano, naturalmente.

El «Buick» se inclinó considerablemente a la izquierda cuando Gloria se dejó caer sobre el asiento.

Arranco y se dirigió hacia la parte este de la ciudad, donde se

encontraban las Destilerías McBurney.

Los McBurney fabricaban whisky, brandy y... también ron, pero Gloria no pensó en esto, aunque se extrañó de encontrar la fábrica silenciosa y poco alumbrada. Bajó del coche, rodeó el gran edificio y halló la puerta color naranja con el rótulo de «Prohibido el paso».

La empujó con cautela. Allá al fondo se veía brillar una luz.

—¡Estoy aquí, tía! —exclamó en voz alta.

—Adelante, querida —le respondieron—. Acércate.

Entró. Vio el fulgor de las enormes calderas color cobre y los largos conductos metálicos colgados del techo de la nave. Caminó con cuidado, pues la luz era muy escasa y no quería tropezar.

Se esforzaba en averiguar dónde estaba tía Josette. Al fin, cuando llegó al fondo de la larguísima nave, vislumbró una silueta. Pero no se veía su cabeza, que quedaba en penumbra.

Al fin se detuvo, un poco recelosa y asustada.

—¿Qué es esto, tía? —preguntó, señalando aquel estanque lleno de una pasta color miel, pero más oscura.

Era una pileta de unos siete metros de longitud por cuatro de anchura. El poyo que la circundaba apenas sobresalía treinta centímetros del suelo, que era pegajoso y maloliente.

—Es un depósito de melaza, querida. Tiene tres metros de profundidad —respondió la voz—. Pero acércate... ¿quieres probarla? A ti te gustan todas las golosinas, cualquier, cosa dulce... ¡pruébala!

Pero Gloria retrocedió asustada. Por fin, había comprendido: la melaza sirve para fabricar el genuino ron, por eso en las Destilerías McBurney necesitaban tal cantidad.

Se echó a temblar.

—¡Por amor de Dios, tía! ¡Salgamos de aquí! —imploró. La caja de los bombones cayó al suelo, tan temblorosa se sentía.

En aquel momento, la luz se apagó.

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

Gloria dejó escapar un gritito de espanto. La oscuridad era total, no podía ver nada. ¿Cómo podría orientarse para encontrar la salida?

Precisamente unos segundos después resonó un estrépito metálico y lejano. ¡Acababan de cerrar la puerta!

Gloria gimoteó en las tinieblas.

—¡Por favor, tía Josette! Ya sé que lo has hecho para darme una lección, pero no sigas. ¡Siento tanto miedo! Te juro que no volveré a probar una golosina —sollozó.

Nadie respondió a sus ruegos. Sólo la oscuridad medrosa la rodeaba.

Gloria no se movió. Es decir, siguió temblando, pero no movió sus pies ni un milímetro. Sabía que el estanque de melaza estaba a unos tres metros, ¿pero hacia dónde? en la mancha de tinta china de las tinieblas había perdido por completo el sentido de la orientación.

Comenzó a gritar. Con suerte, alguien escucharía sus gritos y vendrían en su auxilio. Pero chilló y chilló hasta enronquecer y nadie acudió en su ayuda.

Finalmente calló. Era preciso pensar, extraer de su cerebro alguna idea salvadora. Lo primero era alejarse de aquel terrorífico depósito de melaza.

¡Ya tenía la idea! Bastaría con ponerse a cuatro patas y avanzar lentamente, centímetro a centímetro, tanteando el terreno. Si sus manos tropezaban con el borde del estanque, retrocedería inmediatamente y avanzaría en sentido opuesto.

Se puso en marcha tras tomar aliento. Resollaba. Ciento ochenta kilos de humanidad no se desplazan así como así. Y menos en tan incómoda postura.

Calculó que habría progresado unos dos metros cuando se detuvo para recuperar el resuello.

Al cabo de dos o tres minutos prosiguió su avance sigilosamente.

Había perdido la noción del tiempo transcurrido desde que llegara a la fábrica, cuando todo su cuerpo sufrió una vibración.

¡Peligro! Sus dedos acababan de tocar el borde del estanque de melaza. Instintivamente se incorporó para dar la vuelta y alejarse.

En aquel preciso instante fue empujada brutalmente hacia adelante. Se oyó un alarido de angustia y luego un borboteo aterrador.

La muerte fue piadosa con Gloria. Johnson, pues cayó de cabeza en la pegajosa pasta y ya no pudo emerger.

Dos minutos de horror. Y luego, nada. Silencio.

Al cabo rechinó una puerta. Una lengua luminosa que provenía del exterior penetró por el extremo más distante de la nave. Después se cerró de golpe y tornaron las tinieblas.

CAPÍTULO IX

Al principio, la trágica muerte de Gloria Johnson fue interpretada como un accidente fortuito. Se pensó que la joven había penetrado equivocadamente en las Destilerías McBurney y que, extraviada en la oscuridad cayó accidentalmente al depósito de melaza del que no consiguió salir, debido a la densidad y adherencia de aquel subproducto.

41 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

Pero en una segunda consideración del penoso incidente, se rectificó la primera opinión. En primer lugar, Gloria no tenía ningún motivo específico para acudir a la una de la madrugada —hora del deceso, según el forense— a las Destilerías McBurney. Por otra parte, Héctor Davis, el obrero de confianza que cerraba las puertas antes de que todo el mundo saliera, juraba y perjuraba que había cerrado con llave todos los accesos. (Se sospechaba que Gloria Johnson penetró en la sección de alambiques por la pequeña puerta trasera, pintada de color naranja, puesto que su coche estaba muy cerca de aquel lugar). De modo que se empezó a sospechar que se tratase de un asesinato.

Syd Dickory tomó cartas en el asunto, impulsado por una de sus características premoniciones. Tomó en cuenta la caja de bombones de importación hallada en las proximidades del depósito de melaza de donde fue extraído el cadáver de Gloria y se hizo cargo de la investigación.

No le fue posible interrogar inmediatamente al único pariente de la señorita Johnson Williams, viuda del coronel Williams, un famoso piloto de la guerra de Corea. Y no fue posible porque la señora Williams había tenido que ser hospitalizada, víctima de un terrible ataque de nervios.

Dos días después, el sargento Dickory consiguió al fin una entrevista —«sólo diez minutos, sargento»—

con la tía de Gloria. En la habitación del hospital, Syd conoció en seguida el origen de la afección nerviosa que padecía Josette Williams.

—Yo le hablé de lo del tanque de melaza. Lo había visto en una visita de las autoridades a las Destilerías McBurney —ya sabe que soy concejal— y se me ocurrió asustar a Gloria con aquella horrible idea. Y ella fue a morir precisamente allí. Por eso no puedo impedir sentirme culpable —se atribuló la pobre mujer.

Syd había eliminado a la señora Williams como sospechosa de la muerte de su sobrina. Y ello porque había comprobado que Josette Williams había permanecido en el hospital durante las horas del crimen, sometida a una sesión de hemodiálisis, pues padecía una afección renal crónica. No bien había salido del hospital, ya recuperada, cuando hubo de volver, al conocer la trágica noticia de la muerte de Gloria.

Syd volvió a hacer la pregunta clave:

—¿Estuvo su sobrina internada en la Clínica Hatford o en alguna otra?

—Sí, justamente. Nunca podré olvidarlo. Aquella broma mía le provocó constantemente pesadillas, que degeneraron en un desequilibrio nervioso. Pasó un par de meses en Hatford —declaró, la viuda del coronel Williams.

Dickory se despidió poco después.

—Bien. Volvemos a la misma historia —murmuró, rabioso, cuando volvió a su candente coche, que había tenido que dejar a pleno sol.

Aquella racha de crímenes amenazaba con convertirse en una auténtica pesadilla, capaz de perturbar a un hombre tan sensato y objetivo como el sargento Dickory.

¿Podía admitirse que cuatro personas supieran con antelación cómo iban a morir?

—¡Al diablo! —gruñó, malhumorado—. Nadie sabe cuándo ni cómo va a morir. Es una simple coincidencia.

Pero aquel pensamiento le preocupaba más de lo que quería dar a entender. Inexplicable, inexplicable, inexplicable, era la eterna cantinela.

Entretanto, iba formándose una cierta corriente de opinión a través de los diarios. Para una ciudad de cuatrocientos mil habitantes, aunque próspera e influyente, cuatro asesinatos seguidos eran demasiados.

Cierto que se había resuelto el de Eve Doyle, pero aún quedaban los de Ed Brooks, Frances Stevens y, ahora, Gloria Johnson.

42 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

Las primeras páginas de los diarios atacaban sistemáticamente la «impotencia» de la policía. Por otra parte, los sensacionalistas del semanario «Advertencias» propiciaban, semana tras semana, una atmósfera de miedo, de inquietud, de terror.

En pleno verano, las noches se iban tornando más silenciosas. Día a día, Syd iba comprobando cómo las calles se quedaban desiertas a las doce, hora en que sólo unos cuantos audaces alcohólicos transitaban de taberna en taberna o de club en club.

Frenó en Pyramid Park y bajó a tomar una cerveza en un chiringuito al aire libre. Mientras tanto, sacó su bloc de notas y escribió un tanto mecánicamente: Eve Doyle, Ed Brooks, Frances Stevens, Gloria Johnson.

Y allí brotó otros de sus «chispazos». Era curioso: los nombres propios

de la víctimas estaban ordenados por orden alfabético: E-F-G. Bueno, la letra E estaba repetida: Eve-Ed. ¿Tenía algún significado todo esto o sería mera casualidad?

—Demasiadas casualidades, docenas de coincidencias —reflexionó.

De pronto recordó un nombre: Fan Roberts. ¿De dónde provenía?

«¡Vete a la m...! Por vuestra culpa me ha sido imposible cumplir con Fan Roberts. ¿Dónde está mi moto...?»

Eran palabras pronunciadas por Don Hattaway, aquel loco vestido de negro que se escapó del Sanatorio Psiquiátrico del Estado y que Syd había devuelto en persona al doctor Hamilton.

Alex Kotchiam, asesino de la señora Doyle, se había escapado del manicomio y había estrangulado a una mujer. Don Hattaway había hecho otro tanto, es decir, había logrado fugarse, aunque sólo se dedicó a imponer el terror en la autopista con su motocicleta robada. Pero ¿por qué mencionó un compromiso con alguien llamado Fan Roberts? «Fan» estaba entre «Ed» y «Frances», por orden alfabético.

Nuevo «chispazo». Syd dejó un dólar junto a su botella casi llena y se marchó.

Volvió a la comisaría. Tras consultar la guía telefónica y hacer un par de docenas de llamadas, encontró a Fan Roberts. O, mejor dicho, a su madre, Glenda Roberts.

—Fan está en Robson, sargento. Le toca pasar la colección de otoño en el salón de exposiciones. ¿Es usted su amigo?

Según dedujo, Fan era una modelo de alta costura y tenía... demasiados amigos.

—Dígame una cosa, señora Roberts. Fan... ¿padeció alguna afección mental recientemente? —preguntó el policía.

—¿Cómo lo sabe? —respondió la mujer, asombrada—. No podía imaginar que la policía profundizara tanto en la vida íntima de los ciudadanos.

—No se trata de eso. Lo he sabido de forma accidental... afortunadamente. Por la seguridad de su hija, tengo que hacerle otra pregunta íntima —insistió Syd.

—Me asusta, pero hágala.

—¿Sabe si Fan padecía alguna obsesión particular? Me refiero a sueños obsesivos, pesadillas y todo eso.

—En efecto —la voz de la mujer tembló—. Tenía una manía: soñaba a menudo que un hombre delgado y vestido de negro le asaltaba cerca de casa. Creo que fue el resultado de una de las fiestas de Halloween de sus tiempos infantiles. Uno de los moalbetes del barrio se disfrazó de diablo y apareció ante ellos de 43 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

improviso cuando Fan volvía al hogar, de casa de unas amiguitas. Aquello se le quedó grabado en la mente y soñaba a menudo con aquel delgado hombre de negro que brotaba de un seto y la asustaba terriblemente. Después, hace algo menos de un año, tuvo que someterse a una cura de sueño en la Clínica Hartford. Dormía muy mal y adelgazó tanto que temí por ella. Le vino muy bien. Volvió como nueva. Pero usted, sargento, me ha asustado, ¿Qué es lo que teme?

Dickory le explicó sus sospechas.

—Es posible que esté equivocado, pero me las arreglaré para que estén protegidas hasta que averigüemos algo concreto. No diga nada a nadie, por favor. Será mejor —recomendó.

Dejó el auricular sobre su base y suspiró, fatigado.

—De modo que no me había equivocado —rezongó—. Fan Roberts estaba destinada a morir, a ocupar un lugar entre Ed Brooks y Frances Stevens.

¡Un nuevo «chispazo» mental!

—¿Por qué la serie de asesinatos por orden alfabética de nombres tendría que empezar en la letra E? —se preguntó—. Lo lógico sería que empezara por la letra A.

Salió a escape de la oficina y... estuvo a punto de derribar al teniente

Solomon, que llegaba en ese momento.

—¡Syd! —exclamó el desconcertado Curly—. ¿Es que has recibido una amenaza de muerte?

—Yo no. Son otros —respondió Dickory. Le dejó con la palabra en la boca y penetró en el archivo.

Comenzó a ojear con febril impaciencia los ficheros correspondientes al registro de decesos. Tenía que verlo todo: los óbitos o muertes naturales, los accidentes, los suicidios.

Curly apareció en la puerta y preguntó con cierta chunga:

—¿Puedo ayudarte en algo, Sherlock Holmes?

Pero él le impuso silencio con un ademán enérgico, por lo que el teniente le dejó solo.

Volvió al despacho poco después, muy excitado.

—Creo que lo tengo —dijo. Y se puso a teclear frenéticamente en la máquina de escribir.

Quince minutos después se alzaba del asiento, tomaba el teléfono de la mesa de Solomon y se entregaba de lleno a mantener unas cuantas conferencias telefónicas.

A medida que avanzaba en aquel trabajo, su rostro se iba tornando más y más tenso. Finalmente, tras colgar el teléfono, hizo algunas anotaciones a máquina, sacó el folio y lo dejó sobre la mesa de su jefe.

—Échale un vistazo —propuso.

Y Solomon leyó:

15 de junio. ALLAN MORRIS: su cadáver es hallado en la carretera 68, completamente desfigurado y con la pierna derecha arrancada de cuajo. Internado en la Clínica Psiquiátrica Hatford, en febrero, para sufrir tratamiento psiquiátrico. Tenía un temor supersticioso a quedarse cojo, pues era jugador profesional de rugby. (Su muerte se consideró accidente).

28 de junio. AMANDA NELSON: se encontró su cadáver en un pozo de cuarenta metros de profundidad, 44 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

situado en su propia granja. Internada en Hatford a raíz de sufrir una neuropatía grave. Siempre había temido precipitarse al pozo en el que encontró la muerte. (Se consideró accidente con reservas. También, probable suicidio).

30 de junio. BONNY JACKSON: muerta al tocar un transformador eléctrico. Estancia en Hatford.

Padecía desde pequeña una repulsión enfermiza a cualquier aparato eléctrico. (Considerado accidente).

1 de julio. BEN ARMSTRONG: su cuerpo fue hallado destrozado en una tolva de moler piedra. Estancia en Hatford por alteraciones de conducta. Obsesión: claustrofobia profunda, que le impedía permanecer bajo tierra. (Considerada muerte accidental).

2 de julio. CAM BENSON: muerto al desequilibrarse un crisol de plomo fundido y rociarle el metal candente. Internado en Hatford para tratar una psicopatía leve. Repetía constantemente que un día se convertiría en estatua de metal. (Consideración: accidente).

3 de julio. CORVIN GARCÍA: se encontró su cadáver en el depósito de basuras, prácticamente devorado por las ratas. Ingreso en Hatford para un tratamiento neurótico. Obsesión: las ratas. Temía ser devorado por los roedores. (Accidente).

3 de julio. DA VE BROMFIELD: muerto al precipitarse desde el 12.º piso del Edificio Towler. Siguió tratamiento en Hatford. Padecía vértigo y temía subir a cualquier altura, por pequeña que fuera.

(Conceptuación, accidente. Posible suicidio).

3 de julio. DARWIN RODRÍGUEZ: su cadáver fue encontrado con el rostro deshecho por los ácidos en su pequeño taller de orfebre. Ingreso en Hatford para tratamiento de cleptomanía. Obsesión: era homosexual y temía que un accidente desfigurase su rostro. (Considerado accidente).

3 de julio. EVE DOYLE: estrangulada por un perturbado, interno del Sanatorio Psiquiátrico del Estado.

Internada en Hatford, neurosis. Su obsesión consistía en el temor de ser asaltada y violada por un individuo de la misma apariencia física que el que la asesinó. (Asesinato).

10 de julio. EDWARD BROOKS: aplastado por una apisonadora en las instalaciones de la empresa Bogan Company. Desde la infancia, sufría una constante pesadilla en la que se veía... aplastado por una apisonadora. (Conceptuación: asesinato).

15 de julio. FAN ROBERTS: internada en Hatford. Obsesión: recordaba con horror la aparición de un joven vestido de negro que se disfrazó de diablo en Halloween.

16 de julio. FRED STERLING: su cadáver, despedazado, fue hallado en el matadero industrial Redbottoms, en la terminal de una máquina picadora de huesos. Sterling era un empleado del matadero.

Se supuso que había caído por accidente a la tolva (usaba una larga cabellera) y pudo ser arrastrado por la cinta sinfín, apresado por los cabellos (la banda transportadora es muy rápida). Tratamiento en Hatford, drogadicto. Obsesión: se negaba a consumir cualquier producto de los fabricados en el matadero Redbottoms. (Accidente).

20 de julio. FRANCES STEVENS: murió carbonizada. Un desconocido la regó de gasolina. Estancia en Hatford. Obsesión: horror al fuego. (Asesinato).

22 de julio. GLORIA JOHNSON: muerte por asfixia en un depósito de melaza de las Destilerías McBurney. Internada en Hatford para una cura de sueño. Una broma de un familiar provocó en ella el temor de perecer ahogada en un estanque de melaza. (Asesinato).

Cuando terminó de leer, Bert Solomon alzó los ojos, admirado.

—¡Syd! —exclamó—. ¡Este es un trabajo magnífico! Sin embargo...

—¿Qué?

45 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

—No conozco a Fan Roberts.

—Yo tampoco la conocía, ni la conozco personalmente. Vuelve al párrafo correspondiente. Sufrió un trauma psíquico con aquel juego de niños, ¿no? Pues bien, Don Hattaway, que escapó del Sanatorio, dijo:

«no he podido cumplir con Fan Robert». Iba vestido de negro de pies a cabeza... como el diablo de Fan.

Es decir, sospecho que Hattaway escapó del manicomio para asesinar a Fan. Sé que todo esto puede parecer una locura, pero...

—A mí no me parece una locura, tal como están las cosas. Hay una relación de fechas y del orden alfabético de los nombres de las víctimas, ¿has visto? —se iba excitando Solomon—. Si consideramos asesinatos los de Allan Morris y Amanda Nelson. Los de Bonny Jackson y Ben Armstrong y todos los demás...

Se puso en pie impulsivamente y gritó:

—¡Syd, estás loco, loco de remate!

—¿Por qué? —preguntó Dickory, con mansedumbre.

—¿Me lo preguntas aún? —respondió el teniente, violento—. ¡En esa relación hay diez muertes por accidente que tú consideras asesinatos!

Syd se puso en pie.

—Quizá se consideraron muertes accidentales, porque parecían accidentes —puntualizó—. Pero fíjate que hay un denominador común: la estancia en Hatford, el padecimiento de una obsesión, pesadillas. ¡Y

todos murieron como habían temido terminar! ¿Es que no lo comprendes, Curly?

—¿Curly? —preguntó Solomon, arqueando una ceja.

—Quiero decir Bert. Lee otra vez esa relación. Repásala con atención.

Curly obedeció.

Durante un cuarto de hora largo leyó y releó aquella hoja mecanografiada con toda la atención del mundo. Al final, alzó la cabeza.

—Advierto ciertas diferencias —dijo—. Por ejemplo, según tu nota, el 3 de julio se cometieron no menos de cuatro asesinatos. ¿Cómo puede explicarse?

Dickory consultó el almanaque.

—No es tan extraño —respondió—. El día 3 de julio era... luna llena. Los criminales se sienten muy excitados en esa fecha.

—¡Vete al diablo! —en seguida se volvió desde la puerta, arrepentido de aquel exabrupto—. Syd, amigo mío: La policía investigó y consideró accidentes esas muertes. Y el juez se fió de nosotros. Si ahora decimos otra cosa, será tanto como confesar que hemos cometido tremendos errores.

—O brillantes rectificaciones —saltó Dickory—. Vamos a ver, Bert: ¿tú crees que lo que he escrito ahí tiene algún fundamento razonable?

Solomon reflexionó. Tomó la hoja violentamente y la volvió a leer.

—Sí, aunque me pese. Es más, veo claramente que la clave está en la Clínica Psiquiátrica Hatford

—respondió.

46 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

—Tal vez, tal vez. Déjame coger el teléfono —Syd marcó rápidamente un número y espero. Solomon seguía los manejos del sargento—. ¿Kate? Sí, soy yo. Necesito verte. Sí, cuanto antes. ¿A la hora del almuerzo? En Garrest. Muy bien.

Colgó.

—¡Qué te propones? No se te ocurra hacer nada a mis espaldas —advirtió Solomon.

—Tranquilo, teniente. Sólo he quedado en almorzar con la doctora Waldam.

—Al fin te trincó, ¿eh? —masculló ácidamente el teniente, que estaba casado y prefería que todo el mundo estuviese para no sentirse en inferioridad de condiciones.

—Prefiero decir que la he trincado yo a ella —sonrió Syd—. Voy a ver si consigo que me dé una relación de los enfermos ingresados en Hartford durante el último año: creo que así podré contar con una «guía de asesinatos».

Curly se dejó caer, desfallecido, en un sillón.

—Vamos a ver, Syd —clamó, con gesto desmayado—. Confieso que dejo la mayor parte del trabajo en tus manos...

—.. y te va muy bien —le cortó Dickory.

—.. porque en verano no puedo trabajar. Soy un hombre del Norte y este calor me aplana. Tú eres un buen chico, un técnico de la investigación, y sabes hacerlo muy bien. Estoy satisfecho, gozas de toda mi confianza, ¡creo en ti! Pero, por lo que más quieras, no me metas en líos. Tú eres licenciado en Filosofía y Letras. Si te expulsan de la policía, podrías ganarte la vida en otra parte. Pero yo —terminó con un rictus patético—... yo sólo tengo esto. Y si me dan la patada...

—Tranquilízate —dijo Dickory, animoso—. Creo que será un auténtico éxito para todo el departamento.

Es un asunto difícil, endiabladamente difícil. Fíjate: si las cosas son como yo imagino, se han cometido trece asesinatos en poco más de un mes. Pero nosotros, los policías, no somos responsables de los asesinatos, ¿comprendes? Sólo tenemos que encontrar a los criminales. Y eso es lo que yo me propongo hacer... —expulsó el aire con fuerza, miró al despatarrado Solomon—. A propósito de proposiciones: te propongo que te largues. La doctora Waldman vendrá a buscarme dentro de una hora. ¿De acuerdo?

CAPÍTULO X

Ahora se sentía satisfecho. Por encima del tórrido bochorno que aún seguía flotando en el aire, aunque el sol hacía largo rato que había desaparecido más allá de la línea del horizonte. Esa noche, el sargento Dickory se sentía a gusto, muy a gusto. En paz consigo mismo.

No había conseguido aún desentrañar la maraña del ovillo, pero tenía esperanzas de llegar al desenlace final. De momento, contaba con el respaldo del teniente Solomon y el capitán Spencer para organizar las

cosas a su manera.

Por supuesto, aquella noche Solomon y Spencer permanecerían ambos alerta. Dickory había montado un sutil servicio de vigilancia que tendría, necesariamente, que surtir su efecto.

Tenía en su poder una relación de personas que habían acudido a la Clínica Psiquiátrica Hatford aquejadas de diversas dolencias neuropsíquicas. Y entre ellas había una joven llamada Gerry (Geraldine) Correa.

Una deliciosa mujercita de veinte años que trabajaba en la Heladería Napolitana.

Syd Dickory había visitado discretamente a sus padres, aquella misma tarde. Sabía, por tanto, que Gerry Correa había permanecido durante cuarenta días en Hatford para ser sometida a un tratamiento de 47 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

neuroterapia. También conocía algo relacionado con unos delirios sufridos por Gerry. La hija de los Correa solía soñar con fastidiosa frecuencia que se veía asaltada en plena noche por un tigre, cuyas zarpas la destrozaban sañudamente. Era un recuerdo-trauma de su infancia: asistía a una función de circo, cuando uno de estos animales escapó de su jaula y la alarma cundió entre los asistentes. Carreras, chillidos de espanto, la angustia de verse de pronto en medio del desconcierto. Esto había marcado a Gerry traumáticamente hasta el final de su adolescencia.

Gerry abandonaba un poco tarde su trabajo. A las once y media de la noche tomaba el penúltimo autobús y se dirigía al hogar familiar, situado en el barrio obrero de Bockendale (Syd lo conocía muy bien, a raíz del asesinato de Ed Brooks).

Y ahora, casi las doce de la noche Syd Dickory se encontraba en Paraíso Street, una de las largas arterias del barrio de Bockewndale. Llevaba hora y media en su coche, sudoroso, aguantándose las ganas de fumar, recostado a lo largo de los dos asientos delanteros del coche, de modo que pudiera pasar desapercibido a la vista de las

numerosas personas que deambulaban por las aceras.

Y no sólo esto: se sentía sediento. Imaginaba a cada momento una enorme jarra de cerveza, fría, helada, rebosante de espuma. El sudor fluía de sus cabellos y empapaba su cuello, pero él seguía allí, inmóvil, sin fumar, atento a la menor señal que anunciara la llegada de Gerry Correa.

Consultó su reloj de esfera fosforescente. Eran ya las doce y veinte. ¿Qué le había ocurrido a Gerry?

Se incorporó un poco y echó una nueva ojeada a los coches aparcados en Paraíso Street. En lo que abarcaba su vista podía ver dos hileras de automóviles viejos y abollados. A unos diez metros se encontraba una gran furgoneta «Ford», con la pintura cayéndose a pedazos.

La calle iba quedando en silencio. Pasaban, de vez en cuando algunos noctámbulos, borrachos la mayoría, que canturreaban a media voz y se alejaban describiendo esos sobre las aceras.

Temió que Gerry hubiera sufrido algún contratiempo en su trayecto en autobús hacia su casa. Pero intentó tranquilizarse y lo consiguió.

De repente, pensó en su madre, tan rara en los últimos días. ¿Era, quizá, porque había llevado a Kate a cenar?

A simple vista, las dos mujeres habían congeniado a las mil maravillas. Se habían mostrado cariñosas, satisfechas, parlanchinas... Se diría que hacían buenas migas. Y, sin embargo...

Lo había notado en los dos últimos días. Su madre había cambiado. Se mostraba menos comunicativa, más adusta y reconcentrada. Cuando Syd le hacía alguna pregunta al respecto, Norah solía responder:

—Es la cabeza, hijo. Empiezo a ser vieja. Y supongo que empezaré a comportarme como tal. Padezco continuas jaquecas, pierdo la memoria...

Y aquel mismo día, por ejemplo, Syd había regresado a casa para darse una ducha y cambiarse de ropa, tras la prolongada —y ajetreada— jornada nocturna anterior.

Eran las once y media de la mañana. Cuando tocó el timbre, su madre no acudió a abrirle la puerta, como de costumbre. Al fin, Syd se había visto obligado a buscar su llave y abrir por sí mismo.

Norah no estaba. Pero, eso sí, había dejado una nota: «Voy a hacer unas compras. Es posible que, de paso, acuda a la consulta del médico. Quiero consultarle algunos de mis achaques, lo de la pérdida de memoria.

No te preocupes, si tardo. Volveré en cuanto pueda. Te he dejado comida preparada. Un beso. Mamá».

Por desgracia, Syd había tenido que marcharse en seguida. Más tarde, después del mediodía, había llamado a su madre por teléfono. «Cómo fue todo, mamá?» «Muy bien, hijo. El médico me ha escuchado y me ha recetado unas cápsulas. Dice que lo mío no tiene importancia. ¿Cuándo volverás...?»

48 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

Syd se irguió al escuchar un estrépito próximo. Una motocicleta pasó en seguida junto a su coche, frenó aparatosamente a unos cinco metros de distancia y se oyeron risas.

¡Allí estaba Gerry, por fin! Según dedujo Syd, se le había hecho tarde y un joven de su misma edad la había traído en la moto.

Allí estaban los dos jóvenes, despidiéndose. El la besó fugazmente y se marchó en su máquina, tan ruidosamente como a la llegada.

Y luego, Syd vio alejarse a la esbelta Gerry Correa, cuya vivienda familiar se encontraba en las proximidades, unos veinticinco metros más allá.

Suspiró, se relajó. Pero no perdió de vista a Gerry que parecía recrearse en aspirar el aire fresco de la noche tras la prolongada y calurosa jornada diurna.

Y entonces, como en un mal sueño, se abrió el portón trasero de la vieja furgoneta «Ford» aparcada delante del coche del sargento Dickory, se escuchó un trémolo animalesco y... un cuerpo largo y flexible de color amarillento saltó con espectacular agilidad al suelo...

¡Un tigre!

Syd apenas podía creerlo, pero el formidable animal estaba allá, a diez metros de distancia, olfateando el rastro de Gerry Correa —que se había detenido a encender un cigarrillo, del cual sólo fumaría unas chupadas— y lanzando un rugido sordo a ras de tierra que hizo respingar a la muchacha, volverse violentamente y quedar petrificada de espanto al enfrentarse con el tigre de casi trescientos kilos que se agazapaban sobre la acera para impulsarse en un espectacular salto sobre su víctima.

Hasta aquel momento, Syd no había logrado reaccionar, tan brutal fue la sorpresa. No podía concebir que un tigre escapase de una furgoneta y...

Pero bruscamente se movió. Quizá el chirrido de la portezuela de su coche —mal engrasada— salvó la vida de Gerry Correa. Porque el tigre se volvió, tornó a rugir, y alzó la enorme cabezota, con evidente hostilidad.

Syd echó pie a tierra, sacó su revólver, apoyó una rodilla en la acera, se recostó en su coche para hacer mejor puntería y... se disponía a disparar. Pero en aquél momento, una delgada silueta humana saltó fuera de la cabina de la furgoneta y huyó, alejándose.

Distraído, Syd perdió unos segundos. La fiera, se volvió, rugió sordamente, sus ojos lanzaron un destello dorado... Pero inmediatamente, se volvió, avanzó unos pasos y... saltó sobre la petrificada silueta de Gerry, cuyo cigarrillo humeaba aún en el suelo. El animal había escogido su víctima.

Syd contuvo el aliento. Claro que temía herir a Gerry, pero no dudó. En su prodigioso salto en el aire, la fiera recibió dos balazos en el vientre, al tiempo que resonaba en la calle el grito de aviso del sargento Dickory.

—¡Al suelo, Gerry!

Aunque tardíamente, la joven reaccionó. Es decir, se dejó caer entre dos coches estacionados al borde de la acera.

Pudo oírse el arañazo de las zarpas de la fiera sobre las planchas de uno de los automóviles. El cuerpo del felino cayó con estrépito y abolló el guardabarros izquierdo del coche, cayó sobre la acera. Pero el animal se alzó del suelo y lanzó un rugido que hizo vibrar las planchas de los coches aparcados en las inmediaciones.

Syd apuntó con cuidado a la cabeza. Y disparó por dos veces. Por encima de los rugidos agónicos de la 49 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

fiera, se alzó de la acera, corrió, se aproximó, tembloroso, y disparó a quemarropa los cartuchos que aún quedaban en el tambor de su revólver.

Luego... primero se abrieron algunas ventanas. Después, algunas personas más arrojadas se echaron a la calle. Syd levantaba del suelo a una aterrorizada Gerry Correa, a la que trataba de serenar.

—Calma. Ya pasó el mal trago.

Y luego los furiosos frenazos y cuatro radiopatrulleros que llegaban vertiginosamente a Paraíso Street y solucionaban el problema de la aglomeración de excitados vecinos en la calle.

Gerry no sabía nada. Sólo que su machacona, su tenaz pesadilla, había estado a punto de hacerse realidad.

Pero aquel atlético individuo que la sostenía por la cintura había evitado que las garras de un tigre salido de alguna parte hubieran destrozado sus jóvenes carnes en una carnicería sangrienta.

Y seguía aferrada históricamente a aquel hombre llamado sargento Dickory y sus padres tuvieron que arrancarla a la fuerza del duro cuerpo del policía, porque Gerry sufría un terrible ataque de nervios.

Y...

Media hora después, un camión-grúa se llevaba la furgoneta «Ford» de la que —inexplicablemente—

había escapado un tigre de Bengala que pesaba doscientos noventa kilos y en cuyo estómago el forense no encontró, ningún alimento. Señal de que habían mantenido a la fiera hambrienta durante largas horas para...

Pero todo esto era ya cuestión de la investigación policial y los vecinos de Paraíso Street nunca supieron muy bien lo que había ocurrido

aquella calurosa noche del veintiséis de julio.

* * *

Abandonó la comisaría a la una de la madrugada, pero se detuvo poco más allá, en el restaurante-bar

«Garretas», que todavía estaba abierto. Le sirvieron un filete de pez-espada a la plancha, con abundante ensalada. Mientras masticaba lentamente, se tomó dos cervezas.

Syd había llamado aquella noche a Kate, para avisarla que no podría reunirse con ella por exigencias del servicio.

Kate se había mostrado apesadumbrada por esta razón. Dijo que le habría hecho mucha ilusión cenar aquella noche en su compañía. Quizá en su casa, en compañía de su madre, Norah. Pero se resignó al escuchar las razones del sargento Dickory.

Syd pensaba en las dos mujeres. Su madre y Kate simpatizaban, todo sería magnífico, no habría problemas de ninguna clase, pues su madre deseaba verle casado y con hijos.

La ciudad estaba silenciosa y desierta. La mayoría de los establecimientos de bebidas e incluso los cines, teatros y salas de fiestas cerraban pronto pues la clientela era escasa, cuando no nula. Así no podían mantenerse los negocios.

Syd pagó su consumición y volvió al coche, aparcado a un paso. Puso el motor en marcha y arrancó.

Condujo despacio, fijándose en cada detalle de los edificios, los jardines, los establecimientos que iban quedando atrás a su paso.

Su satisfacción por haber evitado el asesinato de Gerry Correa incluía, a pesar de todo, la frustración por no haber podido detener al individuo que había escapado de la furgoneta «Ford» un momento antes de que el tigre saltase sobre la muchacha. La vigilancia policial establecida alrededor de Paraíso Street tampoco había servido de mucho en aquel caso.

50 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

Así que... habían muerto dos personas cuyo nombre propio comenzaba con la letra «G». Y era de esperar que, antes o después, muriese alguien cuyo nombre propio se iniciase con la letra «H». Haynes, Howard, Henry... ¿Cuál sería el primero?

Syd dejó caer la palma sobre el volante, con fuerza. En definitiva, sabía que estaba a punto de resolver el enigma, pero aún quedaba por encontrar alguna pieza del rompecabezas.

Poco después se detenía ante su casa. Y entonces reconoció el «Mustang» azul de Kate Waldman.

Eran las dos de la madrugada. ¿Qué podía hacer allí el coche de Kate, a tal hora?

Una visión roja nubló su serenidad: Kate, blandiendo un hacha de cocina, destrozaba a golpes el cráneo de su madre.

¿Sería posible que, al fin, llegase a cumplirse en su propia familia aquel horrendo maleficio de los sueños convertidos en sangrienta realidad?

Bajó apresuradamente del coche, cerró de un portazo y no se detuvo a echar la llave. Por el contrario, corrió con todas sus fuerzas hacia el porche.

Cuando se hallaba apenas a tres metros de distancia, la puerta de su casa se abrió y... apareció Kate Waldman... que llevaba el cuerpo, exánime, de su madre en brazos. Kate, despeinada, pálida. Su madre, desmadejada en los brazos de la doctora Waldman.

Sacó el revólver. Y de repente lo guardó. Dudó entre echarse a llorar o romper a reír a carcajadas.

Pero no hizo nada de esto... Trémulo se aproximó a Kate. La joven, sudorosa, apenas podía con el cuerpo de la señora Dickory. Y lo dejó en sus brazos en cuanto Syd se aproximó.

—¿Qué... ha... ocurrido? —preguntó él.

Kate apartó los cabellos de su rostro. Jadeante, respondió:

—No lo sé, Syd. Tu madre me llamó por teléfono hace poco menos de

media hora. Dijo que había intentado establecer comunicación contigo, pero no lo logró. Parecía fuera de sí. Aterrorizada, diría yo.

Me dijo que en su casa había un bicho...

—¿Una serpiente? —preguntó él, observando que el vestido de Kate estaba manchado de sangre.

—Era una pitón. La he cortado en rodajas. Pero tu madre se había desvanecido. No puedo anticiparte nada. Es posible que se desmayase del susto, pero también que esté muerta o que tenga varias costillas rotas, pues la serpiente la apretaba con sus nudillos cuando conseguí llegar a la cocina por la puerta trasera, abierta. No perdamos tiempo. Llévela a mi coche. Yo conduciré. Tu estado no parece el más a propósito para llevar un coche, Syd.

Corrió Dickory hacia el «Mustang» de Kate. Y ella le abrió la portezuela, mientras él dejaba caer el cuerpo de su madre con mimo.

Mientras lo hacía, Syd recordó que su madre padecía desde siempre un exagerado horror hacia los ofidios.

Una vez, en el Zoo, se había desmayado a la vista de una serpiente boa. Inconscientemente comenzó a relacionar aquella fobia de su madre con los problemas profesionales que le atosigaban. Y con la visita de aquella mañana que Norah Dickory había hecho al médico.

Pero ahora, Kate habíase puesto al volante y él tuvo que darse prisa para rodear el vehículo por delante y meterse dentro antes de que ella arrancase.

Luego, una larga y veloz carrera hasta el Hospital Central. Sección de Urgencia. Una camilla, largos 51 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

corredores, el ascensor. Y un médico que cambiaba impresiones con la doctora Waldman, un pulmón de oxígeno, media hora de insoportable espera.

Luego fue Kate quien le avisó:

—Ven. Acaba de recobrar el conocimiento. No es nada. Un desmayo. Por fortuna, las lesiones sólo son superficiales, en la piel. Todo irá bien, Syd.

El tomó a Kate en los brazos, la apretó contra su pecho y besó sus sedosos cabellos rubios. Kate no podía comprender el alcance de aquella muestra de, apasionado afecto. No podía saber que él había estado a punto de matarla cuando la vio salir al porche, ensangrentada, y con el cuerpo de su madre en los brazos.

Entraron los dos en la habitación y se aproximaron al lecho. Los colores volvían al rostro de Norah Dickory.

—¡Qué tonta, verdad, hijo! Me desmayé al ver aparecer aquel culebrón por la puerta entreabierta, de la cocina. Ya sabes que siempre me causaron pánico las serpientes y...

—Ahora lo sabe alguien más —dijo el sargento—. Y no me refiero a Kate, madre —vaciló, miró hacia la puerta—. ¿Podemos hablar?

—Estoy bien, Syd. Sólo fue el susto. Pareces preocupado. ¿Por qué?

—Escúchame, madre. Tú fuiste esta mañana al médico. ¿Qué médico? ¿Y qué hablaste con él?

—preguntó Syd.

Entonces surgió la pieza del rompecabezas que aún faltaba en el esquema que Dickory había ido componiendo con tanta paciencia.

—Fui al Sanatorio Psiquiátrico del Estado. No quise decírtelo, Syd, por no preocuparte. Sufría, últimamente, dolores de cabeza, estúpidas pérdidas de memoria... Por eso acudí al consultorio del doctor Hamilton...

—¿Del doctor Hamilton? —exclamaron Syd y Kate al unísono.

—Así es. Es un psiquiatra, ¿no? Quise consultar con él por si se trataba de alguna cosa grave, achaques, propios de la vejez, degeneración mental propia de la tercera edad.

—Y te hizo muchas preguntas —pronunció lentamente Syd—. Te preguntó si sufrías pesadillas, obsesiones...

—¡Sí! —exclamó Norah—. Le conté cosas de mi adolescencia, de mi madurez, incluso de mi infancia. Le hablé de mi horror a las

serpientes. ¡Qué casualidad! Precisamente esta noche.

—No fue casualidad —respondió Syd, brillantes los ojos—. Esa serpiente apareció en tu cocina porque tú habías hablado de ello al doctor Hamilton.

Kate se llevó los dedos a los labios y acalló un grito de susto. Pero Syd sabía ya todo lo que necesitaba saber. Ahora lo comprendía todo. Miró a Kate y advirtió que también aquella revelación se iba abriendo paso, lentamente, en su cerebro.

Tranquilizó a su madre, le prometió volver a la mañana siguiente. Luego Kate y él abandonaron el hospital.

—Syd, creo que debí decírtelo: Wayne Hamilton prestó servicios en la Clínica Hatford —dijo ella, cuando se dirigían al domicilio de Kate.

52 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

—¿Por qué no me lo advertiste? —rugió él, rabioso—. ¡Hubiéramos ganado tanto tiempo!

Kate se mordió los labios.

—Ética profesional, Syd. Los médicos nunca criticamos a nuestros compañeros. Además... Wayne Hamilton me cortejó durante algún tiempo. Luego... le conocí mejor, me repelió y... me aparté de él. Llegó a amenazarme, pero yo me mantuve firme. Poco después le expulsaron, aunque discretamente, de la Clínica.

—¿Por qué?

—Los métodos terapéuticos de Hamilton eran demasiado brutales, cruentos, en opinión del cuadro médico. Se comprobaron muchas irregularidades, se le formó un expediente y...

—... fue a parar al Sanatorio Psiquiátrico del Estado.

—Sí. Ignoro cómo lo consiguió. Pero así fue.

—Yo sí sé cómo lo consiguió. Su cuñado es un hombre importante. Está casado con Margaret, hermana de Wayne Hamilton y se llama Thomas Lamport. Es senador por este Estado. Lamport fue el que consiguió meter a Hamilton en el Psiquiátrico del Estado. Lamport es, también, el dueño de la potente motocicleta

«Honda» que Don Hattaway «robó» la noche en que se fugó del Sanatorio. Dudo mucho que aquel loco la robara. Más bien me inclino a creer que Hamilton la puso a su disposición, se la dejó al alcance de la mano.

—¡Syd! —exclamó Kate, asustada—. ¿Estás seguro?

—Tenemos que hablar un rato largo, querida. Tienes que explicarme muchas cosas acerca de Wayne Hamilton. Y luego... Ya veremos.

CAPÍTULO XI

Los ruidos fueron extinguiéndose lentamente. Había sonado un alarido angustioso. Pero era Russ Tyler, uno de los «inquilinos» de la planta segunda del Sanatorio. Padecía una oligofrenia aguda, que le impulsaba a lanzar aquellos terroríficos alaridos hasta que un ayudante sanitario le ponía una inyección sedante.

Dos vigilantes charlaban en voz baja al otro extremo del pasillo. Pero al fin se marcharon y todo lo que abarcaba la vista quedó desierto, aunque claramente iluminado por las lámparas que pendían del techo.

Transcurrió media hora sin que se produjese el menor rumor. Los celadores estaban en su cuarto, tomando café, quizá ojeando una revista o criticando a los doctores, a las enfermeras o a los ayudantes sanitarios, por encima de ellos en el escalofón profesional.

Luego se oyeron unos pasos quedos. El doctor Hamilton se detuvo ante la primera puerta, echó una ojeada a través de la mirilla y prosiguió su ronda. Así, fue recorriendo todo el pasillo hasta llegar al final.

La última celda era la número quince de aquel corredor. Llegado allí, Hamilton se asomó a la escalera, dirigió un vistazo arriba y abajo y volvió junto a la puerta número 15.

La abrió, sigilosamente. Dentro estaba Patrick Muller, un esquizofrénico peligroso. El enfermo mental dormía profundamente, sujetos manos y tobillos por correas. Una banda del mismo material cruzaba su pecho.

Hamilton se inclinó y comenzó a desatar los cierres de seguridad. En seguida, preparó una inyección y pinchó a Muller en el brazo.

53 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por autores/...

El enfermo despertó en pocos minutos.

—Ha llegado la hora, Patrick —murmuró el doctor Hamilton a su oído —. ¿Lo recuerdas? Tú eres el protagonista en los sueños de Hilda Marles. ¡Eres lo más importante, toda su vida! Año tras año, día tras día, Hilda Marles vivió esperando que llegaras tú, alto, fuerte, de cabellos grises... ¿Recuerdas? Pues bien, ha llegado el momento. Tú debes esforzarte en conseguir que los sueños de Hilda se cumplan, pues ella siempre lo ha querido así. ¡Levántate!

Patrick Muller se irguió pesadamente en toda su estatura. Era un hombre poderoso, lleno de músculos, de tórax potente y brazos larguísimos.

—Me imagino que añoras el camión en el que pasaste más de la mitad de tu vida, Patrick —pronunció el doctor Hamilton con voz sugestiva —. Me he ocupado de ello. Sólo tienes que saltar el muro del jardín. En la calle Madison tienes un «GMC» de veinte toneladas. En la cabina, encontrarás ropas adecuadas, de tu talla, absolutamente nuevas. Ya sabes que Hilda soñaba que el hombre que la descuartizaba viva vestía una cazadora de cuero, pantalón tejano, botas. ¿Recuerdas?

Muller asintió pesadamente con la cabeza.

—Esas son las ropas que encontrarás en la cabina del camión. Cambíalas por las tuyas. También encontrarás una bolsa con un gran cuchillo. Te será fácil. Yo te estaré esperando aquí, Patrick. Cuando vuelvas te sentirás un héroe, habrás llevado a cabo la mejor acción de toda tu vida. Porque habrás convertido en realidad los sueños de Hilda Males —dijo el doctor Hamilton, muy excitado.

Se asomó al pasillo, comprobó que estaba solitario e hizo salir al gigantesco Patrick Muller.

Fue precisamente el momento elegido por Syd Dickory para abandonar su encierro del ropero, frente por frente a la habitación número 15. Pero él no fue el único testigo en aquella noche de revelaciones: Solomon y el capitán Spencer salieron de la habitación 13. Y de las otras adyacentes seis policías que encañonaron al doctor Hamilton con sus metralletas.

—Sea razonable, Hamilton —dijo Syd, serenamente—. Ese pobre hombre no debe sufrir sus culpas.

Entréguese.

Hamilton prorrumpió en una carcajada interminable. Y mientras los policías se acercaban y le esposaban las manos a la espalda, seguía riendo aún.

No fue muy lejos. El doctor Damber, director del Sanatorio Psiquiátrico, decidió que fuera ingresado en las celdas del sótano.

—Está loco, es evidente. Una psicopatía extraña, poco corriente. Quizá un caso de doble personalidad. En cualquier caso, basta considerar los crímenes que Hamilton ha cometido, para llegar a la conclusión de que su mente está enferma.

Dentro de su celda, Wayne Hamilton se puso a gritar desaforadamente. Cuando abandonaban aquella sección, Syd pudo escuchar sus gritos.

—¡El Mago de los sueños, soy el Mago de los Sueños! —vociferaba—. ¿Quién, como yo, consiguió jamás convertir en realidad los sueños de tantas personas? Ellos llegaban a mí y me atormentaban con la narración de sus pesadillas, de sus manías y obsesiones. Y a mí me dolía la cabeza terriblemente. Pero aguantaba... Hasta que decidí convertirme en el Mago de los Sueños. Fue entonces cuando...

* * *

Soplaba leve la brisa en el mirador. Kate miró a Syd y le preguntó.

54 de 55

07/09/2011 22:20

EL MONSTRUO DE LOS SUEÑOS-KELLTOM MCINTIRE

file:///E:/Libros Biblioteca Maxi 11000 libros ordenados por

autores/...

—¿Una cerveza? —el asintió y Kate se alejó hacia la cocina.

Syd tendió la mano a su madre. Hubo una corriente afectiva a través de aquel contacto.

—Es una estupenda mujer, hijo —dijo su madre. Le guiñó un ojo y añadió—: No la dejes escapar.

—No la dejaré escapar —prometió él. Y también guiñó un ojo.

Kate llegó en seguida. Traía dos cervezas y un vaso de limonada poco fría en un bandeja. Puso la limonada en manos de Norah, ofreció una cerveza a Syd y se sentó.

Permanecieron allí un ratito, dialogando apaciblemente. Luego Norah se levantó de su silla y dijo:

—Disculpadme, hijos. Me siento un poco fatigada. No, no te muevas, Kate. Quédate con Syd. Es ahora cuando se está bien aquí, pero yo tengo sueño. Buenas noches, queridos.

Se fue.

Y ellos se miraron. Syd tomó primero una mano de la doctora, Waldman, tan fresca y agradable al tacto.

Luego tiró suavemente y ella se dejó llevar.

—Fin de la pesadilla —susurró él. Y se besaron hasta que ambos se sintieron traspasados por la pasión.

FIN

55 de 55

07/09/2011 22:20